

Selección TERROR

SILVER KANE

UN CADAVER DE SEGUNDA MANO

PARA MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

369 — Una losa sin nombre, *Glenn Parrish*.
370 — Un gorila llamado Max, *Joseph Berna*.
371 — Espectro, *Curtis Garland*.
372 — Después de la autopsia, *Ada Coretti*.
373 — El fantasma de la sombra roja, *Clark Carrados*.

SILVER KANE

UN CADAVER DE SEGUNDA MANO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 374
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 4.950 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO
LA CAMPANA SUENA A MUERTO

El sonido era suave, lento, monótono. Llenaba la llanura entera. De pronto el cielo se había encapotado y todo daba una sensación de soledad, de tristeza, que encogía el alma un poco.

Mary detuvo el coche.

Oteó el paisaje. Los enormes campos de trigo y de maíz se extendían a lo largo y ancho de aquella zona de Iowa, llamada «el granero» de los Estados Unidos. Unos cuantos tractores verdes estaban quietos entre los tallos, uno aquí y otro allá, como si sus dueños los hubiesen abandonado. No se distinguía un alma en todo lo que la vista podía abarcar. No se captaba ningún movimiento humano.

—Tengo una sensación extraña —dijo Mary.

Era ella la que había conducido desde Des Moines el coche, un viejísimo «Volkswagen» de quinta o sexta mano que era el ejemplar más barato que habían encontrado en la tienda de coches usados de Lou Wavell, cuya divisa era: «Fíese de nosotros. Nuestros clientes nunca vuelven a reclamar.»

«Será porque se matan antes», había pensado Mary al ver los coches expuestos, algunos de los cuales debían haber hecho la guerra de Corea.

Pero el «Volkswagen» se había portado bien, y ahora estaban casi a las puertas de Scottville, la ciudad a la que habían pensado llegar. Normalmente hubieran debido sentirse alegres., pero la verdad era que sucedía todo lo contrario: notaban una especie de encogimiento en el corazón.

—¿Cuál es esa sensación tan extraña? —preguntó Norma, su amiga, mientras miraba en torno suyo con un gesto circular.

—Pues no sé... La sensación de que, de pronto, todo el mundo ha muerto.

—¿Lo dices por esos tractores?

—Sí. Están abandonados.

—Realmente no es normal —dijo Norma.

—Parece como en esas explosiones atómicas «limpias» de que a veces hablan los periódicos. Ya sabes. Esas explosiones que matan a todos los seres humanos, los volatilizan, pero sin embargo dejan intactas las máquinas y las ciudades, que se convierten así en una especie de cementerios fantasmas.

—Bueno, pero aquí hay gente viva —explicó Norma—. ¿No oyes? A todas partes llega el tañido de la campana de la iglesia.

—Cierto —reconoció Mary—, pero con una particularidad.

—¿Cuál?

—Que la campana está tocando a muerto.

Las dos se estremecieron a la vez.

Fue como un presentimiento sin nombre.

No lo entendían.

—Bueno, de todos modos —dijo Norma, intentando animar la cosa—, las

campanas no suenan solas, de modo que al menos alguien está vivo en Scottville para tocarla. Vamos allá. No hay que impresionarse por los sitios desconocidos, ¿sabes?

—¿Desconocidos? Yo creí que tú habías estado antes aquí —dijo Mary.

—Sí, pero de muy pequeña.

—¿Qué edad tenías cuando saliste?

—Seis años.

—No lo entiendo, Norma.

—¿Por qué?

—A veces me has hablado con detalle de esa ciudad, de sus rincones, de sus casas... No puedes recordarlo, si te fuiste siendo tan niña.

Norma se inclinó un poco sobre el tablier.

Miró a su amiga. Los ojos azules recorrieron aquel rostro suave, fino, de piel blanca y un poco mórbida.

—Me pasa una cosa que no tiene sentido —confesó—. A veces hay cosas que no sé si las recuerdo o es que las estoy soñando. No sé si a ti te ha ocurrido alguna vez. Me suele suceder poco antes de despertarme, cuando el cuerpo empieza a recobrar su vitalidad normal, cuando el cerebro ya razona un poco y tú sueñas, pero «sabes que estás soñando». En esos momentos me pregunto: «¿Pero las cosas que veo no las he visto antes realmente? ¿Son un sueño de verdad? ¿O lo que ocurre es simplemente que las estoy recordando?»

Mary apretó un poco los labios.

—¿Y eso sólo te ocurre con Scottville? —preguntó.

—Sí... Nunca sueño haber visto cosas en otros sitios.

Y las dos se miraron.

De pronto se dieron cuenta de una cosa que las envolvía y que unos segundos antes no advertían aun: el silencio. La campana funeral había dejado de sonar. Lo único que notaban ahora era e! soplo del aire caliente entre las mieses.

Norma susurró:

—Vaya... Tal vez el que tocaba la campana también ha muerto.

—Dejémonos de tonterías —decidió Mary, que era más resuelta—. No me gusta estar parada aquí, entre los campos, y con un silencio que te llega hasta los huesos. Hemos empezado muy bien el viaje, ¿no? Pues terminémoslo mejor. ¡A Scottville se ha dicho! ¡Llegad a vuestro destino, niñas, y sin haceros pajas, como decía la profesora de francés!

Las dos rieron estruendosamente, envueltas por un momento en su propia alegría, mientras el motor del «escarabajo» volvía a roncar.

Dejaron atrás las mieses y alcanzaron una zona industrial en construcción que por aquel lado iba a ampliar los límites de Scottville. Unos cuantos coches sin nadie dentro aparecían aquí y allá, extrañamente abandonados. Un anuncio en letras amarillas y verdes proclamaba:

Las dos chicas entraron en la Main Street.

Y se sobrecogieron, mientras sus ojos, que empezaban a estar alucinados, miraban a un lado y otro de la calle.

Todo estaba vacío.

Las tiendas cerradas.

Hileras de coches bien aparcados, pero sin conductor, se alineaban a un lado y otro de la calle.

—No lo entiendo... —dijo Norma.

—Si no hubiese oído antes la campana te daría la razón —musitó Mary—. Creería que es verdad lo que tú has dicho que todo el mundo ha muerto.

—Pero no tiene sentido... Fíjate, incluso en aquel bar hay unos cafés servidos en la barra, pero no se ve a nadie.

—¿Cuántos habitantes tiene Scottville?

—Cinco mil. Es cabeza de condado.

—Pues yo diría que es el cementerio más grande de Estados Unidos... ¡Infiernos! ¡Qué día!

Norma señaló a la derecha.

—Dobla por allí —indicó—. Recuerdo que había un hotel.

—¡Pues sí que conservas la memoria...!

—No te extrañes; es el hotel más viejo de la ciudad. Todo el mundo lo conoce.

—¿Pero no íbamos a alojarnos en casa de tu tío Vanee?

—No me parecería correcto —dijo Norma.

—¿Por qué?

—No nos ha invitado.

—Pero ¿es que eso hace falta? Tú eres su sobrina carnal, Norma... Hija de su único hermano...

—Verás... —la chica se mordió el labio inferior—. Tío Vanee es un hombre algo especial, muy chapado a la antigua... Para él esas cosas de las invitaciones y las presentaciones y todo lo demás aún tienen importancia. Si yo viniera sola iría a su casa, pero vengo contigo, que eres mi mejor amiga, y prefiero que sea él quien nos invite a las dos. Lo hará sin duda en cuanto sepa que estamos en el hotel, pero de momento no me parece correcto presentarnos en su casa con las maletas.

—Como quieras —dijo Mary, metiéndose una pastilla de chicle entre sus golosos labios—. Chica, tú también eres un poco rollo, ¿sabes? Con eso de la familia, a veces te da la neura.

Y rió.

Pero la risa se le fue helando en la boca.

Demonios.

La calle por la que acababan de doblar también estaba vacía.

—¿Cómo se llama esto?

—Commerce Street. Mira, ahí está el hotel. Es ese del rótulo amarillo: Commerce Hotel.

—Oye, qué originales... Para encontrar el nombre se han cascado el coco, nena.

Y se detuvieron ante el hotel. Las dos chicas bajaron a tierra.

Las dos eran de la misma edad, unos veinte años. Las dos eran fuertes, espléndidas, curvilíneas y guapas, pero un espectador imparcial se hubiese dado cuenta en seguida de que sólo una de ellas podía conducir. En efecto, Mary andaba bien, pero Norma llevaba un suave vendaje en el tobillo derecho, debajo de la fina media. Sin duda sufría una luxación dolorosa, y en esas condiciones no se puede a veces dominar el freno.

—El hotel es antiguo, pero siempre ha sido muy confortable y limpio —dijo precisamente Nora, mientras subían al porche—. Si tenemos que pasar un par de noches aquí, verás cómo nos encontraremos bien.

—En fin, espero que aquí al menos haya alguien.

—Claro que sí, un hotel abandonado es la cosa más absurda del mundo.

Y entraron.

Sus ojos atónitos pasearon por la sala.

Tiestos pintados con pequeñas palmeras de adorno.

Sillones de mimbre viejo estilo.

Un retrato del tío armado con un revólver que cien años antes tuvo la idea de fundar aquel hotel.

Un piano de pared, mudo testimonio de una época en que las señoritas consideraban de buen gusto toca/ aquel instrumento, en vez de dedicarse como ahora a tocar el instrumento de los chicos.

Un comptoir silencioso.

El cuadro con las llaves puestas.

Y nadie... ¡Nadie! ¡Absolutamente nadie!

Las dos chicas palidecieron. Las dos universitarias llenas de salud, llegadas desde los lagos del norte, no entendían aquella especie de magia negra que había convertido de pronto a Scottville en un cementerio. Sobre todo Norma, que andaba con cierta dificultad a causa de la luxación, sintió que el frío le llegaba hasta el fondo de la espina dorsal.

—No tiene sentido... —dijo.

—Pues, chica, yo no sé lo que tiene sentido o no lo tiene —susurró Mary —, pero me largo antes de que también se nos muera el coche.

—Espera, tiene que haber alguien.

—¿Dónde?

—Pues no sé... ¡en las oficinas, digo yo! ¿Dónde estaban? Ah, sí, ya lo recuerdo... A la derecha.

En efecto, estaban allí. Había una puerta que lo indicaba: «Prívate». Fue norma la que abrió.

Y vio a la chica.

Una chica muy guapa. Estaba sentada en el diván. Quieta. Su mirada fija

en la puerta no se alteró lo más mínimo.

Silencio.

—Vaya educación... —dijo Mary, que estaba ya el borde de su paciencia —. Es la única persona que hay aquí y ni siquiera se molesta en contestar... ¡Cierra! ¡Que se vaya al infierno!

Norma cerró.

Pero luego volvió a mirar en torno suyo, y ante aquel espectral vacío que las rodeaba musitó con un estremecimiento:

—Quizá es que no le hemos dejado tiempo para contestar. ..

—De acuerdo, de acuerdo... Pero podría tener un poco más de educación, digo yo. Insiste si quieres.

Norma abrió de nuevo.

Y otra vez los ojos terriblemente inmóviles, la expresión impasible, las manos y la boca quietas.

—Oiga —musitó.

Silencio.

—Que se vaya al diablo —dijo Mary de nuevo—. Menuda educación. Esto es un local público, le preguntamos algo y ahí la tienes, sentadita, mirándonos como un búho, sin molestarse en contestar siquiera...

Y fue a cerrar por segunda vez, con gesto de dignidad ofendida.

Pero Norma se lo impidió.

La mano de Norma, que se había asido al pomo como una zarpa.

Los dedos que temblaban...

—Dios santo... —musitó.

—Pero ¿qué te pasa? —Preguntó Mary—. ¿Por qué no me dejas cerrar? ¡Esa tía me pone nerviosa! ¿Qué pasa?

La boca de Norma Vanee sólo se abrió un poco para decir con un hilo de voz:

—¿Es qué no te has dado cuenta, Mary? Está... ¡Está muerta!

CAPÍTULO II
EL HOMBRE DE LOS RELOJES NEGROS

Mary, que iba a hacer un último esfuerzo para cerrar, detuvo sus dedos en el aire. La boca se le abrió y cerró, produciendo un chasquido.

—¿Qué...? —dijo con una voz que no parecía la suya.

—¡Esta muerta!

Norma parecía a punto de chillar, pero se dominó. Su amiga, que podía andar mucho mejor, fue la que penetró en el cuarto con un gesto de decisión. Avanzó mientras sus dedos producían un chasquido.

—Nunca he visto a una muerta sentada tan tranquilamente —dijo—. Pero ¿qué pasa? ¿Estás loca?

Y tocó aquella figura.

Fue instantáneo.

La figura se deslizó, cayendo rígida a un lado del diván.

Su boca se abrió, formando una especie de espantosa mueca.

Las dos muchachas se habían llevado las manos a la cara.

No podían más. Estaban a punto de ponerse a aullar. Sus ojos desorbitados miraban el vacío espantoso de la habitación, donde no se captaba ni un pálpito de vida.

Sólo el tic-tac del reloj que lo llenaba todo con un ritmo lento, agobiante, espeso...

—Es un reloj de cuerda manual —bisbiseó Norma, cuyo cerebro empezaba a funcionar otra vez—. Lo han tenido que tocar hace tres o cuatro días para que hoy siga funcionando. Por lo tanto en esta ciudad hay o habla vida.

—Claro que sí —musitó Mary—. Alguien ha tenido que embalsamar a esta muchacha. Porque está embalsamada, ¿te das cuenta? Y, por el aspecto de su piel, que parece tan natural, yo diría que el trabajo lo han hecho hace poco tiempo.

—Oye, Ma... Mary... Vámonos de aquí.

—Claro que sí, Norma. Nos olvidaremos de tu tío Vanee, que tenía que darnos una ayuda para nuestra tesis doctoral sobre la mecanización agrícola en los Estados Unidos. Ya encontraremos el dinero en otro sitio. Por una vez estoy de acuerdo contigo: ¡Larguémonos de aquí!

Pero cuando ya estaban casi en la puerta, Mary susurró:

—Oye, tú y yo hemos nacido en una época en que todos los relojes de pared son ya eléctricos o de cuarzo, y tú has distinguido en seguida un reloj de cuerda manual. ¿Es que entiendes de eso?

—Tío Vanee me enseñó.

—¿Qué? No me habías dicho que fuese relojero...

—Lo era por afición. Coleccionaba relojes de bolsillo con tapas negras. No es tan fácil encontrarlos, ¿sabes? Casi todos tienen las tapas color oro o plata. De pequeña me los enseñaba y me dejaba jugar a ratos con ellos. También era

el único que sabía arreglar el reloj del ayuntamiento... Pero ¿qué importa eso ahora, Mary? ¿Qué importa?

—Tienes razón. Lo único que hemos de hacer es muy sencillo... ¡largarnos de aquí!

Y llegaron al porche.

Menos mal. El «Volkswagen» estaba en su sitio. Ya habían empezado a temer que un fantasma lo haría desaparecer de su vista. Pero oyeron algo más: un ruido que en aquel momento, por ser un signo de vida, les pareció milagroso.

¡El ruido de un motor!

¡Se acercaba un coche!

Como unas alucinadas miraron al extremo de la calle. En efecto, se acercaba un vehículo conducido por un hombre uniformado. No se detuvo. Ambas habían iniciado una especie de gesto de auto-stop, pero de pronto bajaron las manos mientras sus bocas empezaban a ponerse rígidas.

—¿Has visto? —farfulló Mary.

—Claro que lo he visto. ¡Un coche de muertos!

—Lo que nos faltaba...

—Oye, esta ciudad está maldita.

—Pues ¿a qué esperamos?

—Oye —dijo Norma, intentando reflexionar—, el que conducía el coche estaba vivo, eso seguro. Y avanzaba hacia algún sitio, ¿entiendes? ¡Hacia algún sitio de Scottville! Por lo tanto no hay más que seguirlo para..., para llegar adonde hay gente.

—¿Y qué nos importa la gente de aquí, Norma?

—Verás... Aquí han ocurrido una serie de casualidades, pero hemos de tener decisión, Mary. Y ya empieza a picarme la curiosidad, ¿sabes? Cueste lo que cueste, he de aclarar esto. Y nadie como tío Vanee, que es el abogado más viejo y respetado de la ciudad, puede aclarármelo.

—De acuerdo... Tú mandas. Vamos allá.

Las dos avanzaron a pie, siguiendo las huellas que los neumáticos del coche funerario habían dejado en el asfalto. A Norma le costaba avanzar, porque el tobillo le dolía, pero

Scottville era un sitio pequeño y el sitio al que iban no podía estar muy lejos. Seguro que más allá de la esquina había gente.

Y tuvieron suerte.

¡Claro que había gente!

Y encima joven.

Y, al parecer, alegre.

Estaban ya en un sitio completamente normal. El maleficio que parecía envolver a Scottville se había roto.

Los tres hombres sentados en uno de los bancos del porche eran fuertes y vestían con desenvoltura. Dos de ellos usaban pelo muy largo. Otro llevaba una cazadora de piel. El primero, según la dirección que ellas llevaban, hacía

oscilar entre sus manos una gruesa cadena que sin duda podía convertirse en una temible arma.

Pero al menos eran gente normal. Y con la que podrían hablar. Gente que les explicaría el porqué de tantos detalles increíbles que se estaban acumulando allí. Nora se acercó arrastrando un poco el pie derecho.

Uno de los desconocidos dijo:

—Lástima.

—Tiene un pie hecho polvo —añadió otro.

—Pero sus piernas son perfectas —elogió el tercero.

—E imaginad lo de más arriba.

—¡Uy! ¡Tiene que tener un chumino así!

—Y poco peludo, como a mí me gustan.

—¿Y su amiguita? ¿Qué decís de su amiguita?

—¡Menuda tortilla harían las dos!

—¡Cómo menearían los culos!

Las dos muchachas se detuvieron atónitas.

Habían vivido juntas en pensiones baratas de Chicago, durante sus estudios, pero nunca habían oído un lenguaje tan procaz, tan sucio, tan cargado de vileza. Mientras sus bocas se abrían con asombro, se fijaron mejor en los tres tipos.

Tenían unas miradas sucias.

Eran unas miradas que manchaban lo que tocaban.

Sus risitas sardónicas indicaban vicio, perversión, cinismo. Eran basura. Si las chicas no se habían fijado antes en eso era porque la alegría de encontrar tres seres vivos les había hecho olvidarse de lo demás.

Mary bisbiseó:

—Pero ¿qué hacen esos tipejos aquí? ¿Qué clase de ciudad es Scottville, Norma?

—Siempre fue una ciudad honrada, pero ya no importa. Vámonos de aquí.

—¿Hacia dónde? ¿Hacia el coche?

—Naturalmente. Antes de que nos lo quiten. Pero mira... Fíjate, el coche ese de los muertos viene otra vez... ¡Y el chófer está esparciendo algo!

—¿El qué?

—No sé... ¡polvo!

—¿Se habrá vuelto loco?

—En esta ciudad todos lo están, pero de todos modos yo le detendría para preguntar... Al menos el empleado de una funeraria tiene que ser una persona seria, digo yo... Mira, ya está aquí mismo.

El coche pasaba a su lado.

No se apartaron a tiempo.

Por las ventanillas abiertas, el chófer iba lanzando a un lado y otro de la calle puñados de un polvo gris que en seguida se perdía en el asfalto. Lo hacía de un modo maquinal, sin fijarse apenas en otra cosa, excepto la recta de la calle por la que conducía. Es decir, a los lados no miraba, cómo si diera por

descontado que tenían que estar vacíos. Eje fue el motivo de que un puñado de aquel polvo gris cayera sobre el vestido de Norma y otro puñado sobre el vestido de la asombrada Mary. Las dos lanzaron a la vez un gemido de sorpresa.

Y el coche se detuvo. El chófer las miró con cara de sorpresa y de turbación a la vez. Tenía aspecto de buena persona. Bisbiseó:

—Oh, perdonen... Creí que la calle estaba vacía.

—Toda la ciudad está vacía —susurró Norma—. No se ve un alma.

—Es natural —dijo el chófer.

—¿Natural? ¿Por qué dice que es natural?

—¿Ustedes son forasteras?

—Se nota, ¿no?

—Pues poca gente para en Scottville. Ustedes han debido venir por alguien.

—Claro —dijo Norma—. De otra forma no hubiésemos parado en una ciudad tan aburrida. Yo tengo un pariente cercano aquí.

—¿Quién?

—El señor Vanee.

El chófer se estremeció un momento. Eso fue visible porque sus dedos tamborilearon en el volante. Musitó:

—¿El señor Vanee?

—Sí. ¿Dónde está?

—Pues..., pues...

Estaba tan nervioso que apenas se atrevía a hablar. Norma, más decidida, metió casi la cabeza por la ventanilla para preguntar:

—Diga... ¿dónde está?

—Muy cerca de ustedes —balbució el chófer.

—Pues aquí no se ve a nadie... ¿Ha dicho que «cerca»? ¿Dónde?

—Lo tienen en sus propios vestidos —dijo el hombre temblorosamente—. Lo que estoy esparciendo por las calles de la ciudad son sus cenizas...

CAPÍTULO III
BIEN VENIDAS EN NOMBRE DEL MUERTO

Si el hombre estaba temblando, lo que les ocurrió a las dos muchachas no es para describirlo. Las dos tuvieron a la vez un gesto de repulsión, de miedo y de piedad, si es que esos tres sentimientos tan dispares pueden darse en un mismo minuto. Y, en efecto, ellas sintieron todo eso a la vez. De una forma maquinal sacudieron el polvo de sus vestidos, sin atreverse ni siquiera a tocarlo.

Ahora se daban cuenta de que aquel polvo era ceniza. Sí. Todo muy fino, muy pulverizado... pero cenizas después de todo. Norma farfulló:

—¡Imposible!

—Su tío murió anteayer, señorita —dijo el chófer.

—No puede ser. Ni siquiera estaba enfermo.

—Es que no murió de enfermedad, sino de accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—Quedó electrocutado. Fue una descarga terrible, ¿sabe? Está mal decirlo, pero cuando lo retiramos era casi un pedazo de carbón.

—¿Y por eso lo han..., lo han incinerado?

—Casi era lo lógico, pero además, el señor Vanee lo tenía mandado así en su testamento. Su cadáver ha pasado al horno crematorio, y luego...

Mary había logrado al fin dominar su angustia. Fue ella la que preguntó:

—¿Y por qué? ¿Por qué está esparciendo las cenizas? ¿También el muerto había mandado eso?

—Quizá ustedes no sepan que el señor Vanee era la persona más respetada de la ciudad —dijo el chófer.

—Yo sí que lo sabía —afirmó Norma con un leve deje de orgullo en la voz —. Tío Vanee tenía un enorme prestigio.

—Esa es la razón de que el ayuntamiento haya decidido rendirle un último homenaje de esta manera —explicó el conductor—. Esas cenizas no representan el menor peligro para la salud pública, y el ayuntamiento en pleno ha resuelto que se esparzan por las calles. El señor Vanee fue alcalde de Scottville muchos años, como ustedes deben saber. Todos hemos creído que de alguna forma debe permanecer en la ciudad.

Las dos chicas tuvieron un nuevo estremecimiento.

Otra vez el miedo, la piedad y el asco se confundieron en un extraño sentimiento que las dominaba.

—Pero ¿dónde está la gente? —Bisbiseó Norma—. No hemos visto un ser vivo excepto usted y aquellos tres..., aquellos tres...

Señaló el sitio donde estaban un momento antes los deslenguados, pero hubo de hacer un nuevo gesto de sorpresa. Habían desaparecido los tres. Infiernos... Era como si no hubiesen existido nunca.

El chófer no advirtió su gesto. Explicó:

—Natural. Todo el mundo, absolutamente todo el mundo, ha abandonado su trabajo para ir a los funerales. No han faltado ni los que estaban trabajando en el campo. Miren... Los funerales y la misa los hemos tenido que celebrar en el campo de rugby. De lo contrario, ni hubiese cabido la gente. Ya salen.

En efecto, las puertas del pequeño campo se habían abierto. Una verdadera riada humana salía de allí. Eran en su mayor parte personas sencillas y austeras, gente de la Norteamérica agrícola donde aún se conservaban las más severas tradiciones del país. Muchos vestían con sus ropas de trabajo, indicando que era verdad lo que había dicho el chófer de que lo habían abandonado todo para asistir a la ceremonia.

Norma entendió entonces muchas cosas. El vacío de los campos y de la propia ciudad, los coches sin nadie, los hoteles vacíos... En un sitio pequeño como Scottville, a un hombre ilustre como Vanee aún se le despedía acudiendo todo el mundo en masa. Pero quizá fue eso lo que produjo en Norma una tan terrible sensación de desamparo y de soledad.

Sentía pena.

Angustia.

Pero, sobre todo, quedaba una pregunta flotando en el aire: ¿y ahora qué?

Ya nada tenían que hacer en Scottville. Incluso ni despedirse del tío Vanee podían. Lo mejor, por tanto, era que se largasen de la ciudad.

En aquel momento, una mano maciza se posó en su hombro.

—Tú tienes que ser Norma Vanee —dijo una voz.

La muchacha se volvió. Pudo ver junto a ella una cara fuerte, arrugada por el tiempo y quemada por el sol, una cara de campesino duro. Del fondo de sus recuerdos, aquella cara surgió mucho más joven, mucho más saludable, y además con un nombre.

—Usted debe ser el señor Clay —dijo, concretando sus recuerdos.

—Tienes buena memoria.

—Más memoria ha tenido usted conmigo. Me vio por última vez cuando tenía seis años y desde entonces he cambiado mucho.

—No es verdad, Norma. Te he seguido viendo muchas veces, porque casi cada año enviabas alguna foto a tu tío.

—Es... es cierto. Se las enviaba.

—No te estés aquí. Vamos al ayuntamiento.

—¿Por qué al ayuntamiento?

—Soy el alcalde —dijo el viejo Clay.

—Vaya... Le felicito.

—Gracias, Norma. Estoy orgulloso de dirigir una comunidad como ésta, ¿sabes? Aquí todos somos uno, todos formamos una piña... Ya lo has visto con los funerales de tu tío Vanee. Ni las ratas han faltado. Pero entrad..., entrad...

El ayuntamiento parecía arrancado de una estampa del viejo Oeste. Incluso había en él un retrato del presidente Lincoln. Las paredes estaban cubiertas de madera vieja y los sillones eran de auténtico estilo Chester y de una

impecable piel. Las dos se sintieron allí inmediatamente acompañadas, protegidas, en especial cuando oyeron trepidar las máquinas de escribir de la oficina contigua. La vida se estaba normalizando en la pequeña ciudad. Se alejaba la sensación de misterio.

—¿Un whisky? —ofreció Clay.

—Gracias. Nos sentará bien...

Sé habían sacudido ya los vestidos, pero les dominaba aún la angustia. En esas condiciones, no es extraño que bebieran con avidez el licor ardiente. Luego el viejo Clay musitó, señalando a Mary:

—¿Amiga tuya?

—Sí. Es Mary, Compañera de Universidad. Estamos en el último curso de Ingeniería Agrícola y hemos querido empezar a preparar ya nuestro doctorado. Por eso estamos aquí.

—¿Vuestro doctorado aquí? Poco se puede aprender en todo este sector de Des Moines, a no ser la mecánica de los tractores.

—Ya es bastante —dijo Norma—, pero la verdad es que queríamos que tío Vanee nos diese una ayuda económica para seguir adelante. Hay que comprar muchos libros y además pensábamos visitar los sectores más secos de Arizona, para estudiar nuevas técnicas.

—Todo eso está muy bien, pero ¿cómo no avisasteis?

—Quería dar una sorpresa a tío Vanee —dijo Norma.

—Nos la has dado a todos... ¿qué te pasa en el pie?

—Una luxación. Me caí de una moto.

Clay sirvió un poco más de whisky.

—Bueno, amigas —dijo—, ha sido una sorpresa, y para ti, Norma, un gran disgusto, pero debes superarlo. Por nuestra parte te aseguro que haremos lo posible para borrarte el mal sabor de boca. Cuenta con que el ayuntamiento os dará la ayuda para estudios que el pobre Vanee no puede dar.

—No..., no es necesario.

—Claro que lo es, queridas. Eso está hecho en cinco minutos. Seguiréis viaje mañana, supongo.

Lo dijo con un tono firme y decidido. Parecía como si tuviera algún interés en que no se quedasen allí.

—Podríamos seguir hoy mismo —dijo Mary—, pero sólo puedo conducir yo, y se va a hacer de noche pronto.

—Claro, claro... Por descontado que dormiréis aquí. ¿Qué coche lleváis?

—Un «Volkswagen» prehistórico.

—¿Tiene fallos?

—No me fío de la junta de culata ni del delco. Creo que necesita un repaso.

—Uno de nuestros mecánicos se encargará de eso —dijo el alcalde—. ¡No faltaba más! Todo se hará para que podáis salir mañana por la mañana. Mientras tanto dormiréis en el hotel, con cargo a los fondos municipales. Podéis consideraros invitadas de la ciudad.

—Señor Clay, le aseguramos que...

—Ni hablar. Nada de protestas. Es lo menos que podemos hacer.

Y se alejó un momento porque acababan de llamarle por uno de los dictáfonos. Mary contempló un instante a su amiga.

—Parece que tiene mucho interés en que nos vayamos ^susurró.

—Yo casi lo prefiero —dijo Norma.

—De todos modos es mejor dormir en el hotel que en casa de tu difunto tío. Allí no creo que..., que lo soportáramos.

—Demasiado pronto te has olvidado de «lo» que había en el hotel, Mary —dijo Norma mientras se mordía los labios.

Mary se estremeció.

De pronto el recuerdo volvía a ella como un golpe, como un hachazo.

El despacho privado.

El diván.

La chica muerta.

—Dios santo... —balbució.

Los extraños acontecimientos la habían forzado a olvidarse de aquel horror, pero ahora era como si lo tuviese delante otra vez.

El alcalde se volvía en aquel momento.

—¿Qué? —Preguntó con optimismo—. ¿El hotel?

—Señor Clay —dijo Norma con voz opaca.

—¿Qué?

—Hay allí una chica... embalsamada.

—¿De dónde habéis sacado eso?

Los ojos del hombre se habían empequeñecido, hasta formar dos rendijas. Con un hilo de voz añadió:

—El viaje os ha mareado, hijas.

—Señor Clay, lo hemos tocado con nuestras manos... ¡Estaba allí!

—¿Dónde?

—En la oficina que hay junto a la entrada.

—Es lo más extraño que me han contado en mi vida —dijo Clay—, pero como alcalde he de hacer alguna cosa. Ya sé... Iremos todos allí y además llamaré al sheriff. Quiero convenceros de que no hay ningún misterio en esta ciudad.

Norma se puso en pie.

Temblaba.

Pero al mismo tiempo no tenía motivo para dudar de las palabras de Clay.

Clay era el alcalde y además había sido toda la vida un gran amigo de tío Vanee, un hombre honrado donde los hubiera. Según todas las reglas de la lógica, según todas las normas de la moral, podían confiar ciegamente en él.

Salieron a la calle.

En la calle ya estaba el sheriff, pues Scottville, pese a su poca población, era un sitio histórico y tenía categoría de cabeza de condado.

Extraño tipo aquel sheriff.

Duro y frío como una roca.
Pelo blanco, piel casi negra por el sol.
Tenía la boca plegada en una mueca que la hacía casi desagradable.
Sus cincuenta años parecían cincuenta años de mala leche.
Sin embargo acogió a las dos muchachas con la mayor cordialidad. Les estrechó las manos, les dio la bienvenida en nombre de Scottville y sólo cambió de actitud, dejando que otra vez la mueca apareciera en su boca, cuando se enteró de que habían visto un cadáver embalsamado en el hotel más viejo de la ciudad.
—No es posible —dijo—. Ustedes no se encuentran bien.
—Oiga, sheriff, que no estamos enfermas. Ni somos de ésas que sufren alucinaciones porque se pasan la vida fumando porros.
—Nadie ha tratado de decir eso, pero una confusión la puede tener cualquiera. Un momento... En seguida vamos allí.
Se dirigieron con el sheriff y el alcalde —es decir, con las dos máximas representaciones de la vida local— al edificio del hotel. Ahora un amable recepcionista ya estaba en su puesto y dos camareros (que usaban chalecos a rayas según el viejo estilo) quitaban el polvo a las hojas de las palmeras enanas. Todo el ambienté era de limpieza, pulcritud y perfecta normalidad.
El alcalde dijo con una sonrisa:
—Hola, Peter. Estas señoritas son invitadas de la ciudad. Una de ellas es sobrina carnal del difunto Vanee, a cuyos funerales acabamos de asistir ahora. La otra es una gran amiga suya. Dales la mejor habitación que tengas y ordena que puedan pedir cualquier servicio de restaurante o de bar, todo con cargo al ayuntamiento. Ocúpate también de que el mecánico del hotel repase el «Volkswagen» viejo, matrícula de Illinois, que está aparcado ahí enfrente, y que supongo es el suyo. Saldrán mañana por la mañana.
Otra vez aquel especial retintín.
Otra vez una especie de deseo oculto de que se fueran.
Pero el recepcionista del hotel les quitó de la cabeza todas las ideas negras. Era un hombre de una sonrisa contagiosa. Sin hacerles firmar el libro registro, les entregó las llaves de la suite.
—En ella han dormido el presidente Roosevelt y el presidente Nixon estando de jira electoral —explicó—. Además de tener todas las comodidades, es una pieza histórica. Y si necesitan cualquier cosa, desde bebidas a platos especiales del restaurante, no tienen más que pedirlo.
—Gracias, pero nosotras... quisiéramos también otra cosa —se atrevió a decir Norma.
—Ah, sí... —el sheriff lanzó una risita—. Me han contado que hace poco había un cadáver embalsamado en la oficina del hotel. Ya sé que es una tontería, Peter, pero si quieres enseñárselo para que estén tranquilas...
—¿En la oficina del hotel? ¿Esa habitación? —preguntó el recepcionista con tono incrédulo, mientras señalaba la puerta del «Prívate».
—Sí, ahí —dijo Mary—. Y no es ninguna tontería, perdone.

—Por supuesto que no. Os he traído aquí para que podáis verlo —dijo el alcalde Clay.

Y él mismo abrió la puerta.

Las dos miraron al fondo.

Hacia la habitación antigua que parecía arrancada de las profundidades del pasado de la ciudad.

¿Antigua?

Las dos a la vez estuvieron a punto de lanzar un grito.

Porque lo que tenían delante ahora era un despacho moderno, funcional, en el que no faltaban ni los muebles de fórmica. No había rastro del diván.

Y por lo tanto no había tampoco...

...como si hubiera desaparecido en el fondo de las tinieblas y del tiempo...

...rastro de la muerta.

CAPÍTULO IV
EL INFIERNO QUE ESTABA EN EL AIRE

Mary iba por su segundo whisky. No bebía apenas, pero esta noche tenía los nervios terriblemente alterados y el alcohol era lo único que la centraba un poco. En cuanto a Norma, no había probado apenas la botella, pero en cambio llevaba cinco cigarrillos seguidos. En ella eso era todo un récord.

Ambas paseaban nerviosas por la señorial suite del hotel, tres habitaciones llenas de muebles lujosos, pero excesivamente recargados y sombríos. Más allá estaba el balcón de la fachada que daba sobre la Main Street. Lo mantenían abierto para que entrase un poco de aire, ya que la noche seguía siendo algo calurosa.

Mary se volvió de pronto.

—¿Tú qué opinas, Norma?

Habían cenado ya. Era hora de acostarse, pero les parecía inútil meterse en cama porque habían estado allí dando saltos. Norma aplastó los restos de su último cigarrillo y musitó:

—No podíamos estar borrachas, Mary. No habíamos bebido nada.

—Ni alucinadas. No gastamos porros, ni LSD ni mierda. Lo vimos con nuestros propios ojos, y ahora que no me expliquen que aquello no pudo ser.

—Lo dice el alcalde, Mary.

—Leches con el alcalde.

—Era un gran amigo de tío Vanee, y además un hombre honrado. Yo lo recuerdo desde niña.

—Pues puede haberse confundido.

—O nosotras...

—No, no había más habitación que aquélla. Recuerdo muy bien la puerta y la recordaré siempre. Era la misma... Pero al mismo tiempo reconozco que no va a haber ningún interés en engañarnos por parte de las más altas autoridades de la ciudad... No sé, me armo un lío. Si no fuera de noche y no estuviese tan cansada, me daba el gran piro ahora mismo de esta maldita ciudad.

Norma, que quería estar más calmada, susurró:

—Mañana lo haremos, no te preocupes. El «Volkswagen» ya está repasado. Lo que ahora necesitamos es dormir y olvidar... ¿Y si pidiésemos un somnífero?

—Chica, ¿qué quieres que te diga? Yo pienso todo lo contrario. Yo en este hotel tengo miedo de dormirme.

—Qué tontería...

Norma se acercó al balcón. Había sacado un nuevo cigarrillo, pero al final se arrepintió y lo devolvió al paquete. Mientras miraba la calle principal por los postigos entreabiertos, musitó:

—Te parecerá ridículo, pero todo esto es... mi infancia. Durante años fui feliz aquí. En esta calle, que entonces estaba aún sin asfaltar, jugaba y corría

con los niños de mi edad. Tío Vance, de vez en cuando, cada vez que engrasaba o limpiaba él reloj del ayuntamiento, me subía con él y me dejaba ver la maquinaria. ¿Sabes lo primero que he notado al entrar aquí? ¡Qué tontería! Si, ya sé que lo dirás: que es una tontería. Pero he tenido en seguida algo así como el presentimiento de que tío Vanee estaba muerto. Ha sido al ver parado el reloj del ayuntamiento. Estando tío Vanee vivo, ese reloj no se hubiese parado nunca.

—Pero ¿no habíamos quedado en que era el mejor abogado de la comarca? —Preguntó Mary con un cierto tono de burla—. ¿Es que además era el relojero municipal?

—No, mujer, no. Ya te he dicho que los relojes antiguos le encantaban, y ése que hay al extremo de la Main Street lo es mucho. Siempre cuidó de él a título honorífico; siempre lo puso en hora, y cuando nosotras llegamos estaba parado. Debí darme cuenta entonces de que algo marchaba mal.

Mary se encogió de hombros.

Aquello parecía preocuparla muy poco.

Pero de pronto se volvió. Había una leve crispación en su boca.

—¿Qué has dicho del reloj parado? —musitó.

—Pues eso, que está parado.

—Oye, Norma.

—¿Qué?

—¡Ese reloj funciona!

Norma sintió una especie de golpe en el cráneo. Echó de pronto la cabeza hacia atrás.

—¿Qué dices? —balbució.

—Pero ¿es que no lo oyes? A falta de otras virtudes, ésta es una ciudad tranquila, eso sí. No circula un coche ni hay un televisor encendido a estas horas. Por eso llega perfectamente el tic-tac de un reloj gigante. Y un reloj gigante no puede ser más que el del ayuntamiento...

Norma palideció.

—Eso lo comprobaremos en seguida —dijo.

Salió al balcón.

Y, en efecto, captó con nitidez el tic-tac. Era un sonido familiar, un sonido entrañable que recordaba desde sus días de niña, y sin embargo ahora se daba cuenta de que de pronto le parecía un sonido del infierno. El tic-tac llegaba desde el reloj del ayuntamiento que antes vio parado, y que en este momento marcaba con toda precisión la hora exacta.

Musitó:

—Dios santo...

Mary ya estaba a su lado. La calmó con una sonrisa.

—Bueno —dijo—, Debe haber otros relojeros en la ciudad, ¿no?

—Por supuesto que sí.

—Pues entonces tú tranquila, Norma. Lo» habrán puesto en marcha otra vez, como es lógico, y aquí paz y después gloria.

Norma meneó la cabeza pesadamente.

—No puedo evitarlo —dijo.

—¿Qué es lo que no puedes evitar, querida?

—Parece como si ese sonido... llegara del infierno.

Mary le apretó una mano tiernamente,

—Bueno, Norma, esta ciudad te ha trastornado un poco. Más vale que nos acostemos las dos, ¿no? Ahora recuerdo que tengo un somnífero.

—No sé si..., si podré dormir... a pesar de todo.

—Pues es un latazo, chica.

—Lo siento, Mary, no puedo evitarlo.

Mary la miró significativamente.

—Chica, pues entonces habría que buscar algo para entretenernos durante la noche, si te pones en este plan. Lástima que no seamos un par de tortilleras.

Norma rió.

—No me gustan las mujeres, Mary —dijo—. Ni siquiera tú.

—Bueno, en realidad no lo has probado.

—Eso es verdad.

Mary se sirvió otro whisky.

—Tampoco parece que la ciudad esté muy bien de tíos —susurró.

—Es verdad... Fuera de aquellos tres hijos de zorra que nos insultaron...

—Me daban asco. Yo con pájaros así no me acuesto ni muerta. En fin, Norma, me parece que estamos desbarrando un poco. Por mi parte me tomaré un somnífero y me acostaré. Tú haz lo que quieras. Mañana será otro día.

Se desnudó.

Tenía un bonito cuerpo.

Senos potentes y firmes.

Bonitas piernas, quizá algo gruesas, pero al fin y al cabo piernas de chica sana.

Y en su piel palpitaba una especie de ansia secreta de vivir.

De vivir como fuera. Había momentos en que Mary parecía indicar con los ojos que para ella no había diferencia entre los sexos.

Norma se mordió el labio inferior.

Sí, tal vez fuera una lástima.

¿El sexo es al fin y al cabo una parte de la amistad?

¿No podía haber entre Mary y ella algo más que compañerismo?

Pero desvió la mirada.

No, no se imaginaba haciendo aquello. No podía verse a sí misma acariciando la piel de Mary, que al fin y al cabo le recordaba todas las etapas alegres, juveniles y moralmente sanas de su juventud. No se concebía a sí misma sobando los pezones de Mary para que se le pusieran tiesos. Ni metiéndole la lengua en la boca.

Salió al balcón.

Necesitaba aire, necesitaba borrar todos sus pensamientos, alejar de su ambiente aquella especie de sensación de infierno.

El aire fresco le hizo bien. Cuando regresó a la habitación, Mary ya dormía pesadamente, con esa placidez del animal sano y joven que ha comido a gusto. Norma encendió entonces otro cigarrillo y salió.

Una necesidad oscura la dominaba.

Nunca había imaginado que sentiría una cosa así con tanta intensidad.

Necesitaba volver a su infancia, a los viejos recuerdos que ya dejaría para siempre atrás.

Pero también en algo más, algo en lo no quería ni pensar.

También necesitaba meter los dos pies en el infierno.

CAPÍTULO V
LA CASA DE LOS ESPEJOS

El recepcionista que ahora estaba en el comptoir era ya otro, pero con la misma sonrisa agradable y los mismos deseos de servir. La vio salir del vetusto ascensor y le hizo un saludo.

—Señorita Vanee —preguntó—, ¿no puede usted dormir?

—No sé... He tenido un día muy agitado y no puedo estarme quieta.

—Le advierto que hay muy pocas diversiones nocturnas en la ciudad. Ni un bar abierto después de las once, ni un espectáculo, ni un club...

—Tampoco necesito eso. Daré simplemente un paseo.

—¿Quiere un plano de la ciudad?

—No creo que lo necesite. Viví aquí de niña.

—Sí, ya me lo han contado. Yo era un gran admirador de su tío Vanee... Pero le digo lo del plano porque en él están marcados unos cuantos edificios notables, y porque además se puede perder de noche, si no ha estado aquí desde hace tantos años. Scottville no es tan pequeño como parece. Venga, se lo daré.

Iba hacia la oficina, hacia la puerta del «Prívate».

Norma no pudo evitar un estremecimiento.

Otra vez la visión. Otra vez el diván. Otra vez la chica embalsamada cayendo de costado y formando aquella línea horrible con la boca.

Ññññññeeeecccc...

La puerta había producido un siniestro crujido al abrirse.

Los ojos de Norma se desencajaron un momento.

Pero todo era normal. Vio el ambiente funcional y los muebles de fórmica. Vio que el empleado sacaba un folleto del cajón de la mesa. La chica suspiró.

Al diablo sus manías.

Tenía que haber sido una alucinación.

Todo el mundo las tiene, al fin y al cabo, alguna vez en la vida.

Fuera ideas malditas...

—Tome. Además, si lo regala a alguien se lo agradeceremos. El plano contiene propaganda de este hotel.

—Gracias. Supongo que Scottville sigue tan tranquilo como antes y que no resultará peligroso pasear por la noche.

—En este mundo ya no existe ningún sitio absolutamente tranquilo, señorita Vanee, pero Scottville es una ciudad mejor que las otras. Y con un elevado sentido cívico... ¡Vaya si lo tiene! ¿Por qué me ha preguntado eso?

—Porque por la tarde, al llegar, he visto tres gamberros, por no decir otra cosa, sentados en el porche. Y nos han soltado a mi amiga y a mí unas palabras que... ¡vaya!

—¿Tres gamberros?

El empleado la miraba incrédulo.

—Sí. Ahí...

—¿Dónde?

—A muy poca distancia del hotel. En aquel porche de ahí enfrente...

—No puede ser, señorita.

—¿Por qué dice que no puede ser?

—Yo estaba en el hotel cuando ustedes han llegado. Quizá he sido el único que no ha podido ir a la misa. Es que hay trabajos inaplazables, ¿sabe? Repasaba en el piso alto la caldera del agua caliente, que ya nos ha producido dos inundaciones... Y desde la ventana se domina la calle, toda la calle, ¿entiende?

—Sí, claro que entiendo —dijo Norma, aunque la verdad sea dicha no entendía nada—. ¿Y qué?

—Pues eso: que no había nadie.

—¿Nadie?

—Las he visto llegar, las he visto bajar del coche, avanzar por la calle... Sólo las he perdido de vista un momento cuando entraban en el hotel. He ido a bajar para atenderlas, pero entonces ustedes ya volvían a estar en la calle. Y le aseguro que en ésta no había nadie. Nadie absolutamente.

Norma tragó saliva.

Otra vez la cabeza le daba vueltas.

Otra vez la sensación de que no estaba exactamente en este mundo, otra vez la sensación del infierno.

Bruscamente dijo:

—Adiós.

—Señorita Vanee...

Ella no contestó.

Necesitaba estar sola.

Huir... Huir... ¡HUIR!

Las calles aparecían silenciosas y espectrales ante sus ojos. En las casas no se veía una luz. Toda la calma, de Scottville, perdida en las inmensas llanuras de Iowa, desfilaba por su corazón como un sedante, pero al mismo tiempo como una enervante sensación de miedo, en vuelta en el silencio del horror.

Vio la vieja casa.

En la puerta aún estaba la placa dorada, con las palabras grabadas en perfecta caligrafía inglesa: «MICHAEL VANCE - LAWYER». Su placa de abogado que tantos años vio. ¡Cómo respetaba ella esa placa, cuando era una niña! ¡Qué importante le parecía entonces el tío Vanee, que de verdad era el hombre más importante y respetado de la ciudad!

El tiempo no había destruido el viejo mito.

Michael Vanee seguía siendo un símbolo en Scottville. Todos los niños veneran a los mayores y luego se dan cuenta de que los mayores son a veces hipócritas, mezquinos o rematadamente tontos. En el caso de Norma no había sido así: todo lo que entonces ella creyó de tío Vanee podía seguir creyéndolo: Había sido un gran hombre.

Rodeó la casa, contemplándola con una especie de ensoñación.

Ella había sido feliz allí.

Había sido aquélla una casa grande, honrada, dichosa, limpia.

No podía estar unida a sensaciones de miedo ni a sensaciones de infierno. Norma tenía que romper aquella especie de círculo magnético en que se estaba envolviendo ella misma. Tenía que entrar allí... ¡y demostrar que todo era normal! ¡Demostrar que, como todo el mundo hacía, ella podía seguir venerando la memoria de tío Vanee!

Por supuesto que no tenía llaves de la puerta, pero sus recuerdos infantiles le traían mil recursos que los mayores ignoraban. Ella se acordaba muy bien, por ejemplo, de que el semisótano de la leñera tenía una entrada metálica que no cerraba con perfección, y los críos aprovechaban eso para entrar en la casa y hacer allí las mil y una. Se acordaba también —desde la bruma de los años— de que por un canalón de desagüe se podía alcanzar la ventana de la cocina, una ventana de guillotina que jamás encajó en el marco. Podía intentar entrar por alguno de los dos sitios, aunque ella confiaba más en la leñera que en el canalón de desagüe.

Tuvo suerte.

Catorce años parecen muchos años, pero no son nada para los defectos congénitos de una casa. Las tapas del semisótano seguían igual de mal. Norma pudo abrirlas y meterse dentro, mientras sentía que el corazón se le iba encogiendo al sentirse envuelta por aquel silencio, por aquella oscuridad, por aquella nube de recuerdos.

Hubiera podido decir dónde estaba cada objeto, cada detalle, cada rincón. Y sin embargo... ¿no estaba otra vez en una especie de éxtasis? ¿Realmente aquello lo había visto alguna vez?

Movió la cabeza.

«Yo no estoy loca —pensó—. Todo es real y conocido. Lo probaré dejándome llevar por mis recuerdos... A ver. Un poco de movimiento.»

A la derecha tenía que estar el armario de las herramientas. Avanzó un par de pasos en aquella dirección y lo encontró. Uno a cero a favor de su cerebro. Casi al frente la pared formaba un ángulo oblicuo. Tendió los brazos y pudo palparlo. Dos a cero a favor de su cerebro. Dos pasos más allá tenía que hallarse la puerta.

Encontró efectivamente el pomo.

Tres a cero.

Ella era una chica normal, que recordaba bien las cosas y no sufría alucinaciones. Abrió.

Las escaleras que llevaban a la planta baja.

Subió por ellas.

La luz de la lámpara que tío Vanee siempre dejaba encendida por las noches.

¡Perfecto!

Todo estaba igual.

En aquel mundo vacío de personas, pero lleno de recuerdos, la muchacha cada vez se movía con mayor seguridad en sí misma.

Giró hacia la derecha. Allí estaba una de las habitaciones que más le encantaban de niña: la habitación de los espejos. Había diversos armarios en ella, ocupando materialmente las cuatro paredes, y todos los armarios tenían grandes espejos. Era un vestidor, la habitación favorita de la difunta esposa de tío Vance, que había sido una mujer muy elegante y hasta con un punto de fatua y presumida.

¡Cuántas veces Norma había vestido a sus muñecas allí! ¡Cuántas veces había hecho «posturas» ante los espejos, fingiendo que se presentaba a un concurso de Miss América! ¡Cuántas veces se había escondido en los armarios, haciendo que los de la casa se volvieran locos buscándola!

Fueron sus recuerdos los que la llevaron allí. Para Norma, seguía siendo el sitio más delicioso de la casa. Empujó la puerta y encendió la luz.

El tiempo no había transcurrido.

Todo estaba como entonces.

Tío Vance ya no debía usar apenas el vestidor y lo había dejado como en sus buenos tiempos. La muchacha se contempló en los espejos que habían formado su mundo fascinante de niña.

Ahora los espejos reflejaban un cuerpo macizo y curvilíneo, de chica en plena sazón, pero Norma se recordaba como entonces: flacucha, atrevida y con cara de no asustarse ante nada.

«Ahora tampoco tengo que asustarme», pensó. Poco a poco fue abriendo los armarios uno a uno.

Allí estaba el viejo mundo que a ella tanto la fascinó.

Pero también estaba el mundo del horror.

Cada chirrido de las puertas le producía un escalofrío.

Cada vibración de la luz era en su cerebro como un chispazo.

Y había algo más:

El vaivén de los espejos. El mundo de sombras que cada uno de ellos descubría al girar.

Norma no podía evitarlo. Eso le daba miedo. Cada espejo que giraba dejaba ver por unos momentos lo que quedaba en el fondo de la habitación, a espaldas de Norma. Y ella veía los otros armarios, las lámparas, las cortinas de la ventana... ¡su propia espalda reproducida a la vez en diez sitios!

De pronto le parecía estar en un mundo desconocido y remoto.

Cada espejo que al girar le descubría un nuevo paisaje, era como si le abriese las puertas del Más Allá.

Norma tragó saliva.

No podía evitarlo: sentía miedo.

Al empezar a abrir los armarios, había pensado que le daría miedo lo que descubriese en su interior. Efectivamente, todos los condicionamientos de una película de horror se daban allí: los sitios huecos, vestidos antiguos, rincones desde los que podía saltar hacia ella un muerto... Y, sin embargo, aquellas

prendas que ella vio antaño en el cuerpo de su tía no le daban miedo: le inspiraban ternura. No podía imaginar que dentro de los armarios estuviera alguien acechándola.

Pero cada vez que giraba un espejo y veía lo que había a su espalda... ¡notaba el escalofrío del horror!

Estuvo a punto de dejarlo.

Pero le quedaban las dos últimas puertas del último armario.

Quiso probarse a sí misma.

«Adelante, Norma, adelante. Demuéstrate a ti misma que dominas cualquier situación.»

Abrió la primera puerta.

Ññññeeeecccc...

Tranquila.

Vio el fondo de la habitación, una lámpara de pie, la cortina de la ventana en su flanco izquierdo...

La última puerta.

«Atrévete, nena», pensó.

Ñññeeeecccc...

Los ojos de la muchacha giraron con la puerta.

Y entonces lo vio.

Entonces, su boca se crispó en una mueca patética. Entonces distinguió el otro lado de la ventana.

El borde de una mecedora.

La luz casi irreal que llegaba de otra lámpara.

Y el hombre vestido de negro.

El hombre que la miraba. Aquel hombre que era tío Vance... ¡Tío Vanceee! ¡TIO VANCE!

CAPÍTULO VI
UNA LEJANA LUZ

Fue lo primero que notó:

La luz que subía y bajaba. Parecían metérsela dentro de los ojos. Alguien le hurgaba en los párpados. Una chispita de pensamiento hizo recordar a Norma con horror algo que había leído en una novela: que el diablo arrancaba a sus víctimas, en el infierno, los globos oculares. Se estremeció hasta los huesos.

¡Ella tenía que estar en el infierno!

Y entonces la voz:

—Parece que vuelve en sí.

La luz se había ido lejos.

Alguien le dio unos cachecitos en la mejilla.

—Aún tiene e! pulso alterado, pero se recuperará. El examen de las pupilas indica que está mucho mejor... A ver... Tiene arcadas. Pónganla de costado. Parece que vaya a vomitar.

En efecto, la muchacha desprendió una saliva amarga, pero eso fue todo. Las arcadas la hicieron volver en sí. Abrió los ojos y tuvo un espasmo al notar que aún seguía en la habitación de los espejos.

Pero algo la salvó.

—Pobre niña —dijo la voz.

Era una de esas voces que te sacan del fondo del pozo y te devuelven a la vida. Norma la recordaba muy bien. Y aquella voz significaba que iban a ayudarla, que ella no estaba alucinada ni mucho menos en el infierno.

—Abre los ojos. ¿Me conoces? —preguntó la misma voz.

Ella asintió con la cabeza.

Bendita señora Johnson... ¡Tanto como la había querido!

La criada más antigua de la casa. La que casi la había visto nacer. La que le seguía enviando dulces hechos a mano dos veces al año.

—No te pasa nada, cariño mío. Estás bien —dijo la señora Johnson—. El doctor Benton ya nada tiene que hacer aquí. Lo he llamado en seguida, al oír Un ruido extraño y encontrarte caída en tierra. Dice que ya estás bien. A ver... prueba a levantarte, querida.

La muchacha lo probó, ayudada por dos hombres que estaban en la habitación, y a los que miró confusamente. Uno, completamente desconocido, debía ser el doctor Benton. El otro era el sheriff.

Fue el sheriff quien musitó:

—¿Cómo ha entrado aquí?

—Quería ver la casa donde viví de niña —dijo Norma, que apenas podía hablar aún—. Y conocía algunos sitios por donde... por donde se podía entrar.

—¿Qué es lo que le ha Hecho perder el sentido? ¿Alguien la ha empujado? ¿Ha sufrido un accidente?

Norma tragó aire, como si se ahogase.

Le era imposible contestar a aquello.

El aire se había hecho espeso en torno suyo. Se había hecho denso, metálico, irrespirable.

E iba a lanzar un grito, recobrando todo su antiguo miedo, cuando la señora Johnson la salvó diciendo:

—Sería inútil hacerle preguntas ahora, sheriff. Ella está en su casa, ¿no? Pues déjenla en paz. No ha cometido ningún delito.

—Por supuesto que no ha cometido ningún delito —murmuró el sheriff—. Sólo quería ayudarla.

Y se largó. El doctor Benton le dio unas pastillas que dijo eran para calmar los nervios y se largó también, después de aconsejarle que se acostase cuanto antes.

La señora Johnson la llevó al cuarto de coser. Era un cuarto que Norma conocía muy bien y que estaba como entonces, como en los viejos años. Una instintiva confianza rodeó a la muchacha al encontrarse allí, como si en un sitio tan conocido no pudiera ocurrirle nada malo. Y el color empezó a volver a su cara cuando la señora Johnson le trajo una taza de té caliente cargada hasta el borde de whisky.

—Bien —susurró la vieja amiga—. Y ahora explícame: ¿qué ha pasado?

Norma tragó aire de nuevo. Otra vez le costaba pronunciar palabra.

Pero sabía que a ella tenía que decirle la increíble verdad.

—Señora Johnson... —farfulló—, ¡tío Vance vive!

La señora Johnson arqueó una ceja. Su rostro lleno de mil arruguitas se tensó de pronto como una máscara.

Norma la miró expectante, conteniendo el aliento.

Sabía que ella le diría la verdad.

—Qué tontería... —susurró al fin la señora Johnson—. Tú no te encuentras bien, pequeña.

—Ya no soy una pequeña —dijo Norma con voz ahogada—. Y le he visto.

—¿Dónde?

—Estaba en el vestidor, detrás de mí.

—Pero ¿lo has visto directamente?

—No. Reflejado en uno de los espejos.

La señora Johnson suspiró.

—Entonces ya sé —dijo—. Has sufrido una alucinación, Norma. Todo lo ocurrido hoy te ha impresionado, ¿entiendes? La muerte súbita del pobre señor Vance, la noche en una ciudad que casi te resulta desconocida, la entrada en esta casa... No creas: es natural que estas cosas te hayan ocurrido a ti, como le podrían haber ocurrido a cualquier persona.

La muchacha movió la cabeza casi con angustia. Y apretó febrilmente las manos de la vieja sirvienta mientras susurraba:

—No soy una alucinada ni una loca. Lo he visto, te lo juro... ¡Lo he visto!

—Ojalá fuese verdad —susurró la señora Johnson.

Y la miró al fondo de los ojos. Norma estaba trastornada. No sabía qué creer. Pero de una cosa podía estar segura, y era que la señora Johnson no la engañaba, que no la iba a mentir precisamente a ella.

—Dios mío... —farfulló—. ¿Qué pasa en esta ciudad?

—¿Pasar? ¿Qué?

—También he visto en el hotel una chica muerta.

—¿Sí?

—Sí. Y embalsamada.

La vieja sirvienta la miró con preocupación.

—Quizá conviene que te vuelva a ver el doctor Benton, nena —susurró.

—¡Nadie necesita verme! ¡Estoy bien! ¡Y no me insultes!

—Claro que estás bien, pequeña, claro... Pero a veces se tiene problemas durante unas horas, sin que eso signifique nada. Yo te diré lo que vamos a hacerte: te acompañaré al hotel, te acostarás tranquilamente y mañana no te acordarás de nada. Todo habrá sido un mal sueño.

—¿Y por qué no me quedo a dormir aquí?

—¿Aquí? No hay nada preparado Norma. Y la casa está de luto.

Ella hizo un gesto de desesperanza.

—Tengo una sensación extraña, señora Johnson —dijo.

—¿Qué sensación?

—Tengo la sensación de que el sheriff y el alcalde me quieren echar de la ciudad. Tengo también la sensación de que tú me quieres echar de esta casa.

—Pero... ¡qué tonterías! Precisamente el alcalde, el señor Clay, te quiere mucho. Yo ya sabes lo que te quiero... ¿Por qué imaginas que no nos gusta que estés a nuestro lado?

—Eso es precisamente lo que no entiendo... Y por lo tanto digo que algo pasa aquí. Algo pasa.

—Olvídalo, Norma, por favor. Te acompañaré al hotel.

—¡No necesito que me acompañe nadie!

Se había revuelto casi con violencia, y casi con violencia fue hacia la puerta. Desde allí gritó:

—¡Conozco el camino perfectamente! ¡No necesito niñera!

Y fue a abrir. Pero entonces vio lágrimas en los ojos de la señora Johnson. Eran unas lágrimas pequeñas, profundas, frías. De pronto Norma Vance se dio cuenta de que aquella mujer no la engañaría nunca. Con voz opaca susurró:

—Perdóname. Lo siento.

Y salió de la casa, perdiéndose de nuevo en la calle. Aquella calle llena de sombras, de faroles lejanos y de casas donde parecía no haber vivido nadie jamás.

No oía más que el eco de sus propios pasos, unos pasos que avanzaban sin rumbo hacia la noche.

CAPÍTULO VII
HISTORIA DE LA SANGRE NUMERO UNO

Por suerte el whisky le había sentado bien a Norma, y eso hizo que se sintiera de pronto más animada al llegar a la Main Street. Sabía que girando a mano izquierda estaba el hotel, al que llegaría en unos cinco minutos.

Había decidido muy bien lo que tenía que hacer. Incluso había numerado por turno sus actos, que habían de ser estos:

Uno, meterse en cama, con puertas y ventanas bien cerradas.

Dos, dormir como fuese.

Tres, olvidarse de todo.

Cuatro, apenas amaneciese largarse de la ciudad.

Dobló a la izquierda cuando llegó al cruce de Main Street y Market Street. Todo seguía tan silencioso como antes, igual que si en la ciudad no viviese nadie. Pasó junto al porche del viejo almacén de Groves, donde ella iba a comprar caramelos cuando era niña. Ahora no había allí más que una especie de mole de maderas podridas con un cartel que decía: «Derribos Mortensen.»

También aquello iba a desaparecer. Seguro que construirían un feo *building* de oficinas.

A poca distancia se distinguían las luces del hotel. La muchacha se deslizó a paso vivo junto a aquel podrido conjunto de sombras.

Y de allí surgió la mano.

Era una mano dura y helada.

Norma se estremeció.

Por un momento tuvo otra vez la sensación de que era tío Vance. La dominó 1.a sensación de la muerte.

Pero qué tío Vance ni qué leches. Qué muerte ni qué leches. Al que estaba a su lado, sujetándola con una zarpa de hierro, lo había visto una vez. Era uno de los tres hijos de zorra que las insultaron y hablaron en voz alta de sus tetas y todo lo demás. El tipejo la había sujetado bien y clavaba en su cuerpo una mirada entre hostil, divertida y ansiosa.

—Vaya... —dijo—, ha habido suerte.

Norma tuvo una brusca sensación de irrealidad que casi acabó con sus fuerzas. Le habían dicho que aquellos tres gamberros no existían, que eran una alucinación, y sin embargo el más brutal de ellos estaba allí. Pero como era una chica decidida y en la plenitud de su vigor, intentó sacudírselo de encima mientras decía:

—¡Largo de aquí, hijoputa!

El tipejo rió.

No la soltaba, sino todo lo contrario. Hizo algo inesperado. Mientras con cinco de sus dedos le sujetaba férreamente un brazo, puso los otros cinco en la entrepierna de la chica, por encima de la falda.

—Bonito conejo —susurró—. ¿Qué? ¿Muy peludo?

Ella se estremeció.

Sentía angustia y asco.

—Suéltame o chillaré —dijo con voz helada—. En esta ciudad todos me conocen. Suéltame o te atraparán y te meterán un palo de escoba por un sitio que yo sé, y que debes tener más ancho que un túnel del Metro, marica.

Norma era una muchacha decidida y que no se arredraba fácilmente, pero el terrible gancho que recibió en el estómago la hizo doblarse con una arcada y un violento vómito, dándole la sensación de que tenía las tripas entre los dientes. Al mismo tiempo una mano férrea le tapó la boca mientras la voz helada del cabrón decía:

—Nadie va a hacerme daño, puta. Lo has entendido, supongo. Nadie... Estoy protegido por la ley. No he cumplido aún los dieciocho y el juez decidió que se me aplicase la legislación protectora, no la penal. Claro que tú no sabes lo que es eso, puta... Significa que el juez me vendrá a buscar mañana, se nos llevará a mis amigos y a mí a un centro de reforma y pasado mañana nos habremos fugado. Pero antes nos daremos la gran noche en esta puerca ciudad. Mis amigos y yo, claro... Tenemos muchas ganas de morder carne de guarra. ¿Y tu amiga? ¿Qué? ¿Dónde está tu amiga? ¿Por qué no la invitas a la fiesta?

Le estaba zarandeando el cuello hacia adelante y hacia atrás, mientras hablaba, como si se lo quisiera romper. Norma intentó desesperadamente morderle la mano, pero el otro sabía cómo sujetarla —lo cual indicaba una larga experiencia— y además tenía una fuerza hercúlea. De pronto empezó a arrastrarla hacia la zona de sombras del edificio.

—Seguro que no eres virgen —masculló—, pero si lo eres lo siento por ti. Vas a tener que estar un año poniéndote compresas, maldita zorra... Ven...

La seguía arrastrando. Norma consiguió dar un fuerte tirón y librarse de él, pero eso duró apenas un par de segundos. En realidad no le quedó tiempo ni de gritar. Otro terrible gancho al estómago la hizo caer de rodillas mientras su boca se llenaba de una saliva amarga.

El otro le volvió a tapar la boca y la sujetó por el pelo, arrastrándola.

La muchacha vio las sombras como una alucinación.

La casa...

Supo que los otros estaban allí o estarían en seguida. Caerían sobre ella como lobos. Uno la podría amordazar mientras los otros dos hacían el resto del siniestro trabajo. Sus ojos se desencajaron mientras aquello que un minuto antes le hubiera parecido imposible se hacía más verdadero, más real... De pronto todo su cuerpo se contorsionó mientras era arrastrada hacia la oscuridad caliente de la puerta.

Se sintió perdida.

Una patada la dejó sin respiración.

Otra...

Vio como en una fugaz pesadilla el pie del cabrón, que iba a aplastarle el cuello para terminar de rendirla.

Y entonces la pesadilla continuó.

Fue como una extraña sucesión de imágenes superpuestas.

Como fotografías sacadas de una película de horror.

Vio la mano enguantada.

El cuchillo.

Era un cuchillo de carnicero enorme, afilado, brillante como una cimitarra otomana. Tenía un filo de navaja barbera.

Vio fugazmente una figura vestida de negro.

Y el trazo fulgurante de la hoja.

El cuello abierto.

Los ojos desencajados.

La sangre.

Norma quedó de rodillas en el porche, viendo alucinada unos pantalones negros, unos zapatos negros. Sobre ellos cayó a chorro aquella sangre.

Y se dio cuenta de algo increíble.

¡A aquel tipejo lo estaban degollando!

Lo vio convulsionarse durante unos segundos, pero fue inútil. Otra horrible cuchillada le alcanzó en el pecho, a la altura del corazón. Lo vio desplomarse a cámara lenta, en una horrible perspectiva hecha de dientes rotos, de cuello desgarrado, de camisa teñida de color escarlata. Norma hubiese jurado que una de las horribles cuchilladas le había arrancado un ojo, pero no pudo estar segura de nada. Por suerte, la pesadilla terminó.

El aspirante a violador había caído al suelo junto a ella. Las tablas muy secas estaban absorbiendo un auténtico océano rojo.

La muchacha retrocedió a gatas.

Respiraba afanosamente. Sus dientes entrechocaban. Bruscamente llegó sin darse cuenta al borde del porche y cayó a la calle. Su cuerpo dio una vuelta sobre sí mismo mientras Norma lanzaba un grito desgarrador.

Fue un grito que resonó en toda la ciudad.

Un grito que arrancó ecos dormidos a las sombras.

CAPÍTULO VIII
LA MECEDORA

El primero en presentarse allí fue el sheriff. Resultaba difícil saber a primera vista si aquel tipo era eficaz o no, pero al menos había una cosa cierta: estaba al pie del cañón. No dormía. Apenas la muchacha había gritado dos veces cuando la figura del hombre de la estrella apareció en la esquina.

Y se detuvo atónito.

Su mirada, parecida a la de un espectro, paseó por el panorama de la chica caída y luego por todo aquel océano de sangre.

—Señorita Vance... —balbució.

Ella aún no era capaz de ponerse en pie. Pero se alejó como pudo de allí, gateando y lanzando gemidos. Comprendía que estaba ridícula y que no parecía una mujer, sino una perra asustada, pero no podía evitarlo.

Otras dos personas llegaron en seguida. Una era el alcalde, por supuesto, otro pájaro que parecía no dormir nunca. A la segunda persona no la había visto nunca Norma.

El alcalde farfulló:

—Dios santo...

—Es todo un espectáculo —dijo el sheriff con voz tensa—. No había visto tanta sangre ni el día que se escoñaron once hombres en el autobús de la Greyhound.

—No fueron once, fueron doce —susurró el alcalde con expresión pensativa.

—Once.

Norma no pudo más. Todo aquello la estaba angustiando de tal manera que los espasmos la recorrían. Para no vomitar gritó:

—¡Cabrones, callad ya! ¡Mierdaaaaa!

Se la llevaron de allí. No supo cómo, se encontró en el vestíbulo del hotel. Mary, todavía en salto de cama, estaba junto a ella. Alguien le estaba dando de beber whisky de Kentucky, del que resucita a los muertos. La muchacha tosió.

El sheriff se sentó frente a ella.

—Calma, señorita Vance, calma... Ahora está usted segura. Dígame lo que ha ocurrido, por favor.

—Aquel... aquel tipejo...

—¿Lo conocía?

—No. Es decir... sí.

—Explíquese. ¿Lo conocía o no?

—No sé ni cómo se llamaba... No me importa si está en lo más hondo de los infiernos... Pero la verdad es que lo había visto una vez. Fue cuando llegué a la ciudad. Estaba con otros dos... guarros. Nos dijeron unas cuantas cosas a Mary y a mí; Hablaron de nuestras tetas y..., y de todo lo demás.

El sheriff dirigió una pensativa ojeada a «todo lo demás», que se insinuaba bajo la falda mal colocada de Norma.

Ella se la bajó.

Con voz que no parecía la suya, añadió:

—Por cierto, ésa es otra de las cosas que no tienen sentido. Alguien, creo recordar que alguien del hotel, me aseguro que esos tres pájaros no existían, que sólo yo los había visto en la ciudad, y que por lo tanto era una alucinada. Ahora resulta que uno de ellos es el muerto. ¿Quién entiende eso?

El sheriff musitó:

—Pueden referirse a personas distintas.

—¡No! ¡Seguro que no! ¡Era el mismo!

—Por favor, no chille ni se excite, señorita Vance. Dígame lo que ocurrió.

Ella lo explicó como pudo, con palabras entrecortadas. De vez en cuando necesitaba beber un poco de whisky de Kentucky para poder seguir hablando. El sheriff la escuchaba con ojos entrecerrados, y al final preguntó:

—¿De modo que quiso violarla?

—Esa era su intención. Y supongo que dentro del viejo almacén lo hubiera conseguido, si estaban allí los otros dos.

—¿Mencionó a otros dos?

—Sí.

El sheriff se volvió hacia su ayudante, que se había presentado allí mientras tanto, y ordenó:

—Joe, sube al patrullero y da una batida. Si los ves y no obedecen la orden de alto, tira a matar.

—Bien, jefe.

El sheriff se volvió hacia la muchacha.

—Bueno —susurró—, vamos a lo más importante.

—Lo más importante ya está dicho: me quiso violar.

—Se equivoca. Lo más importante, desde el punto de vista legal, es la muerte de ese pájaro. Usted vio al que lo hizo.

—No —dijo Norma.

—¿Cómo que no?

—Solamente distinguí una mano enguantada y un cuchillo enorme.

—No es posible... Distinguiría algo más.

Ella trató de concretar sus recuerdos.

—Sí —dijo uno—. Unos pantalones negros, unos zapatos negros.

—¿Eso es todo?

—Los zapatos acabaron chorreando sangre. No sé si ese detalle le puede servir, sheriff.

—Hum... La sangre que ha caído sobre el cuero se limpia. ¿Y qué? ¿No pronunció una palabra el asesino? ¿No dijo nada?

—No le llame «asesino», sheriff.

—¿Por qué no?

—Porque a mí me hizo un gran favor. Me salvó de algo peor que la

muerte.

El agente de la ley farfulló confusamente:

—Quizá tenga razón, después de todo. Carezco de pruebas para decir si fue un homicidio simple o un asesinato, o sea un homicidio en primer grado. Pero volvamos al pájaro. ¿Soltó alguna información, aparte de hablar de sus tetas y..., y... de todo lo demás?

—Sí —musitó ella, recordando—, dijo que era menor de dieciocho años y que le habían aplicado no medidas penales, sino medidas protectoras.

—Eso ocurre a veces —musitó el sheriff—. Depende del juez. Van a la cárcel o van a un internado. Ya digo: depende.

—Pues parece que el juez se decidía por el internado, ya que me soltó también que iba a escaparse pasado mañana mismo. Hablando de jueces... Me aseguró que mañana... es decir ya hoy, un juez vendría a hacerse cargo de él.

El alcalde musitó:

—Eso es cierto.

El sheriff se volvió hacia él.

—¿Qué juez? —preguntó.

—Duncan.

—Ese es muy blando con los jóvenes... y muy severo con los mayores. Nunca quiere dejar un cabo suelto. La investigación sobre la muerte que ahora nos ocupa le llevará semanas enteras, digo yo.

Norma suspiró.

—Bueno, a! menos hay una cosa que es cierta —dijo—. Me habló de la llegada de un juez, y un juez va a llegar.

—Habla usted como si todo lo demás fuera mentira —susurró el sheriff, volviéndose de pronto hacia ella.

—Tengo derecho a creerlo.

—¿Por qué?

—He dicho que había visto a una chica embalsamada. Mentira. He dicho que había visto a tres gamberros. Mentira. He dicho que había visto a mi tío Vance. Mentira. Entonces, ¿qué es verdad? ¿Es que yo estoy loca? ¡Dios santo! ¿Es que yo estoy loca?

Estaba perdiendo el control de sus nervios otra vez. Mary hubo de sujetarla por las muñecas.

—Por Dios, Norma, cálmate. Ahora estás aquí y no va a pasarte nada. Además, dentro de unas horas nos vamos de la ciudad.

—Es... es lo único que deseo.

—Si quieren marchar ahora las conduzco yo mismo hasta fuera de los límites del condado —ofreció el sheriff—. Para entonces ya habrá amanecido.

Norma le miró con rápida suspicacia.

—Sheriff —dijo.

—¿Qué?

—Ardo en deseos de irme de esta ciudad. No seré yo la que se eche a llorar cuando deje a Scottville atrás, perdida entre los trigales y los tractores de

«John Deere». Pero le voy a decir una cosa, amigo: Tengo la sensación de que todo el mundo quiere echarme.

—Se equivoca... No diga eso. Lo que ocurre es que el señor Vance murió y esto se ha llenado de malos recuerdos para ustedes. Además han tenido mala suerte en otras cosas. Este último crimen, por ejemplo.

—Sí.

—Por eso es mejor que se vaya cuanto antes, pero no hay prisa... Ahora debe usted descansar. Váyase con Mary.

En efecto, Mary dijo suavemente:

—Ven.

Norma no pudo resistirse. Estaba deseando encerrarse en algún sitio. Cuando se encontró en la cama al lado de su amiga, se puso a sollozar.

—Te juro que era verdad... —gimió—. ¡Era verdad! ¡Era verdad!

—Lo que tú dices siempre es verdad —la tranquilizó Mary—, pero en este caso, ¿a qué te refieres?

—He visto a tío Vance.

Y le explicó entre sollozos todo lo que había pasado. Pero el poder hablar hace bien, y cuando terminó aquella confesión la muchacha se sentía mucho más descansada. El llanto la había descargado de su angustia. Mary le acariciaba de vez en cuando el pelo y la espalda mientras susurraba:

—Sigue hablando. Quieta..., quieta...

Al final se miraron las dos.

—No me crees —dijo Norma con voz opaca.

—Naturalmente que te creo. Y por eso digo que hemos de marcharnos de aquí. Debimos aceptar el ofrecimiento del sheriff cuando dijo que conduciría él hasta los límites del condado.

—Sí, pero...

—Tienes la sensación de que quieren echarnos, ¿verdad? Yo también la he tenido. ¿Pero por qué habían de querer hacerlo?

—No sé, Mary. No tiene sentido.

Mary apretó los puños.

—Te diré lo que vamos a hacer —susurró.

—¿Qué?

—El coche está repasado. No hay ningún problema en conducir de noche, después de todo. He dormido un poco y estoy más descansada. De modo que recogemos los trastos y... ¡hala!, fuera de aquí. A olvidarnos de Scottville por todo lo que nos queda de vida.

Norma hizo un gesto de asentimiento.

Claro que sí. Al diablo con todo.

Y se dispuso a ordenar las pocas cosas que llevaban. De pronto oyó un ruido.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Mary dijo:

—Agua.

Miraron las dos hacia arriba. En efecto, se oía una verdadera torrentera en el piso superior, e incluso algunas gotitas empezaron a caer en su habitación a través de una gran mancha en el techo. Debía haber un escape de alivio, que acabaría cargándose medio edificio si no se daban prisa.

Pero Norma, extrañamente, sonrió.

—Vaya, menos mal —dijo.

—¿Por qué «menos mal»? —preguntó Mary, curiosa.

—Porque tengo delante de mis ojos otra cosa que es verdad. Creí que ya no quedaba ninguna. El empleado de noche nos dijo que estaba arreglando un escape en el piso superior cuando llegamos, y que nos vio a través de la ventana. Se nota que el escape no lo arregló bien, y ahora sale con más furia que nunca.

Mary palideció.

—Norma... —dijo.

—¿Qué?

—A ver si nos entendemos. Quedamos en que el empleado dijo la verdad al hablarnos del escape.

—Sí.

—Quedamos en que dijo la verdad al hablar de que nos había visto.

—Sí.

—Entonces también debió decir la verdad al asegurar que no había visto a aquellos tres hijos de zorra. ¿Por qué había de mentir en eso?

Norma se estremeció.

Otra vez las cosas bailaban ante sus ojos.

—Por favor —gimió—, ¡Calla de una vez! ¡Calla!

—No te pongas nerviosa, Norma.

—¿Cómo no voy a estarlo? Si me asegura de que todo es mentira, pensaría que estoy loca o que he llegado al infierno, pero hay algo peor que la mentira: la mezcla de mentira y verdad. Así no sé dónde me muevo. No sé siquiera si estoy en el infierno. Por lo tanto prefiero no oír hablar de las cosas que nos han contado, Norma.

—Tienes razón. Acaba de empaquetarlo todo.

Norma reunió otra vez unos cuantos objetos, pero de pronto susurró:

—Oye, esto del agua se pone cada vez peor. Habrá que ver qué pasa.

—Avisemos al empleado de noche. Es cuenta suya.

—Sí, pero vamos a ver qué ocurre. Para mí, que el agua baja ya por las escaleras. ¡Chica, qué noche!

—Vamos a acabar escoñadas —dijo Mary.

Salieron las dos. En efecto, el agua bajaba por las escaleras, aunque el ruido no debía oírse aún desde la planta de recepción. A la luz del corredor, las dos muchachas vieron que el escape procedía de una trampilla del techo, un hueco que más que una trampilla era un gran orificio por el que hubiera podido pasar un ascensor. Las tapas de madera que lo cubrían estaban cediendo mientras el agua se deslizaba por los intersticios con más fuerza

cada vez.

—Ahí debe de estar la caldera que mencionó el empleado —dijo Norma—. Seguro que se ha roto y esto será un desastre. Vamos a avisar.

—Oye... Fíjate, la tapa de la claraboya cede. Se va a hundir...

—Razón de más para avisar.

—Cruje. Parece como si hubiera un peso encima...

—¿Y qué peso iba a haber?

—No sé... ¡Mira!

En efecto, la tapa iba cediendo desde arriba abajo. Las dos miraron como fascinadas. Un turbión de agua cayó.

Y entonces se hundió todo.

Pero cayó algo más.

Las dos muchachas lo vieron todo con ojos desencajados, como en una extraña representación a cámara lenta, como una pesadilla que se desarrollara en varias fases hasta llevarlas al infierno.

Primero vieron los pies de la mecedora que caía por el hueco.

Luego la mecedora entera.

Esta se estrelló en el suelo, ante sus ojos atónitos y desencajados. Pero debido al bajo centro de gravedad del mueble, éste se mantuvo en equilibrio aunque oscilando con violencia adelante y atrás.

Norma sintió que sus rodillas cedían.

Mary casi cayó de bruces. Hubo de sujetarse a la baranda de la escalera. De su garganta escapó un ronco estertor.

Pero ninguna de las dos fue capaz de chillar.

El horror las estremecía.

Porque la mecedora no estaba vacía.

Sentada en ella se encontraba... ¡la muchacha a la que vieron al llegar allí! ¡La muchacha embalsamada! ¡La muerta!

CAPÍTULO IX
HISTORIA DE LA SANGRE NUMERO DOS

El empleado de noche al que ya conocían llegaba en aquel momento porque había oído ruido. Gritó:

—Pero ¿qué ocurre?

Y él también se encontró ante aquella visión patética y espantosa a la vez.

La boca de la muerta se había abierto del todo.

Sus ojos sin luz estaban clavados en ellos.

El cuerpo oscilaba como si fuese a salir despedido de la mecedora y saltar a las escaleras de golpe.

Y entonces fue Mary la que chilló con todas sus fuerzas.

No podía más.

Aporreó la pared como una loca, igual que si estuviera en una cárcel, mientras Norma, cuyas fuerzas la habían abandonado completamente en la barandilla a punto de caer al piso inferior. Como una obsesión, como una pesadilla del infierno, oía el ññeeec, ñññeeeeccc de la mecedora al oscilar cada vez más lentamente.

AI fin aquel sonido cesó. Las dos mujeres oyeron sólo el compás de sus respiraciones agitadas.

El empleado balbució:

—Es imposible.

—Norma se atrevió a mirar la cara de la muerta.

La misma.

¡Dios santo! ¡Estaba segura! ¡La misma!

—Llame al alcalde —balbució—. Y al sheriff.

—En..., en seguida.

Pero Mary gimió:

—No nos deje solas. Vamos con usted.

Se encontraron en la planta baja. No se daban cuenta de que estaban semidesnudas. Y otra vez tuvieron la sensación de que ni el sheriff ni el alcalde dormían, porque al instante se presentaron allí.

Clay balbució:

—¿Qué ocurre?

—Suba —musitó el empleado.

—Pero ¿qué diablos...?

—Ya lo verá.

El sheriff y el alcalde subieron. Estuvieron apenas un par de minutos allí. Luego bajaron mientras sus caras se volvían de color ceniza.

—No tiene sentido —dijo Clay.

Norma ya no podía más. Se enfrentó con él. Sus puños estaban apretados cuando le chilló a la cara:

—¡Basta de mentiras, alcalde! ¡Basta!

La mirada helada de Clay le atravesó la piel.

—¿Qué mentiras? —preguntó con voz dura como un cuchillo.

—Usted... tenía que saber algo.

—¿Saber qué? ¿Que en Scottville están pasando cosas extrañas? No las he provocado yo ni soy responsable.

—¡Pero esa chica muerta estuvo antes en el hotel! ¡Alguien tuvo que esconderla y cambiar incluso el ambiente de la habitación donde la habíamos visto! ¿Sabe por qué? ¡Porque quería engañarnos! ¡Y luego ha ocultado el cadáver ahí, junto a la caldera! ¡De no ser el escape de agua, jamás la hubiésemos vuelto a ver!

El sheriff la había escuchado en silencio. Miró al empleado del hotel.

—¿Usted qué sabe de esto? —murmuró.

—¿Yo qué voy a saber? Yo soy sólo un pobre cabrito que se está toda la noche aquí por un sueldo miserable, muriéndose de asco. ¿Qué trata de decir? ¿Que encima va a acusarme de un asesinato, sheriff?

—No se trata de eso. Lo único que pretendo es aclarar lo ocurrido.

—Pues aclare lo que le dé la gana, pero a mí no me mire.

—¿Dónde está el dueño?

—Salió de viaje. Usted lo sabe porque le hizo un par de encargos para cuando volviera a Scottville.

—Claro, ahora lo recuerdo. Pero ¿y el gerente? El gerente estaba por la tarde aquí.

—Vaya a buscarle a su casa. ¿Yo qué quiere que le diga?

El sheriff se pasó una mano por la frente, echándose hacia atrás el sombrero con la insignia. Parecía completamente abrumado por lo que estaba ocurriendo en una ciudad que se le iba de las manos.

—No entiendo nada —farfulló—. Y además he de ocuparme de tantas cosas. Hace poco han asesinado a un joven en la ciudad y no tengo ni una pista. He de moverme.

—Pues si dice eso y está parado, vamos listos. ¡Muévase, leches!

Norma apretó los puños. Había tomado una decisión.

—No me importa lo que está ocurriendo aquí —masculló—. Lo único que sé es que yo me voy. Mary y yo íbamos a marcharnos cuando hemos oído lo del escape de agua. No vamos a esperar a que nos caiga otro cadáver encima. ¡Nos largamos de aquí!

El sheriff no hizo el menor gesto para detenerlas.

Ya lo esperaban.

Desde el primer momento habían tenido la sensación de que había mucha gente interesada en que se fuesen de la ciudad.

—El coche está repasado —dijo Clay.

—Pues entonces... ¡adiós!

Subieron de nuevo a la habitación, evitando mirar a la muerta, se vistieron sumariamente, recogieron sus cosas y... ¡al diablo! Estaban firmemente decididas a olvidarse de Scottville, de la zona de Des Moines y hasta de la

misma Iowa.

Montaron en el coche, cuyo motor runruneó suavemente. Mary se sentó al volante y salieron de la ciudad.

Sabían que dejaban atrás un verdadero infierno.

Y no tenían el menor interés en volver a él.

* * *

Al menos tuvieron suerte en una cosa. Hacía una magnífica noche. Dejaron atrás las luces de la ciudad y tomaron la primera curva de la carretera que había de llevarlas al Oeste. Mary preguntó:

—¿Cómo te sientes, Norma?

—Mejor.

—¿Has entendido algo de lo que pasa?

—No. Ni una palabra.

—Te pasa lo mismo que a mí. Hay cosas que no tienen sentido, y entonces lo mejor es dejarlas. Hacemos muy bien en largarnos, ¿entiendes? Hacia el mediodía podemos llegar a Dudley que es una ciudad importante, y alojarnos en el hotel. Allí dormiremos toda la tarde, si hace falta, y luego.., ¡regreso a Chicago! Todo habrá sido como un mal sueño.

Norma no estaba segura de que las cosas fuesen tan fáciles. Sabía que los malos sueños no se olvidan nunca. Pero, de todos modos, haber salido de Scottville era reconfortante, y se dejó mecer por el ritmo de la huida pocos segundos antes de que aquella especie de bólido saliera de las tinieblas en persecución suya.

Se trataba de un coche negro que brotó como por encanto de las sombras, rodando al menos a ciento sesenta por hora. Las adelantó como una exhalación, casi rozándolas, desafiando todas las normas de tráfico. Y se detuvo cuarenta yardas más allá, quedando cruzado en la carretera con un espantoso chirrido de neumáticos.

La carretera era estrecha, y el vehículo puesto de través les cortaba el paso. Las dos muchachas tuvieron en pocos segundos un diálogo de lo más rápido.

—Tiene que ser el sheriff.

—No, no conduciría así.

—Pues entonces, ¿qué?

—Fíjate: es un coche sin insignias.

Mary puso las luces largas.

—Ahora nos enteraremos —dijo.

El chorro de luz dio de lleno en el vehículo negro, deslumbrando en parte a su conductor, aunque eso duró pocos segundos porque se puso en seguida unas gafas negras. De todos modos, ese tiempo había sido suficiente para que las dos le reconocieran: ¡era uno de los tres jóvenes que vieron a la entrada de la ciudad! ¡Uno de los amigos del muerto!

Las dos muchachas tragaron saliva a la vez.

—No me gusta esto —dijo Norma.

—Sí, pero ¿qué hacemos? —balbució Mary.

—Embístelo con toda la fuerza mientras esté de costado y te lo cargas.

—Mierda, nena. Quizá te has olvidado de que viajamos en un «Volkswagen» utilitario. Y ese es un «Granada» con seis cilindros y chapa doble.

—Pues vira y volvamos.

—Mierda dos veces. La carretera es estrecha. Habré de hacer un par de maniobras y para entonces ya lo tendremos encima. Mira, ya va a salir... y juraría que lleva un arma.

Mary estaba asustada, pero Norma no se alteró demasiado. Comprendió que al menos había tenido suerte en una cosa: al lado mismo de la carretera se alzaba una casa solitaria, y en esa casa había luz.

—¡Vamos! —dijo—. ¡Nos ayudará!

Las dos abandonaron el coche y corrieron hacia allí. Seguro que en la casa no estarían solas y además debía haber un teléfono. Norma corrió bastante menos a causa de su tobillo herido, pero de todos modos alcanzaron la casa antes de que el joven las alcanzase a ellas. La puerta estaba abierta. Entraron agitadamente.

Y de pronto se detuvieron en el umbral.

Otra vez las rodillas les fallaban.

Sus ojos se habían desencajado.

Porque dentro había alguien que les esperaba también con un arma.

Alguien que dijo con voz chirriante:

—Buen golpe, Mikky. Estupendo...

* * *

Las dos chicas eran incapaces de seguir corriendo. Habían reconocido también aquella cara. Era la del..., ¡la del otro joven que vieron al entrar en la ciudad! ¡El otro amigo del muerto!

La trampa era perfecta.

Porque el otro venía tranquilamente por detrás. Y ambos llevaban pistolas.

El llamado Mikky lanzó una risita sardónica.

—¡Condenadas putas! —barbotó.

Un culatazo a la cabeza de Norma la envió por tierra. Mary, sin fuerzas para nada, se apoyó de espaldas en la pared respirando agitadamente.

—¡Era ésta! —Masculló Mikky dando un puntapié a Norma—. ¡Esta la que mató a Richard!

Mientras sentía el dolor en todas sus costillas como si se las hubiese roto, Norma pensó velozmente en aquella situación. Y se dio cuenta de que era trágica porque la casa debía estar deshabitada, como tantas otras de las afueras, y los dos esbirros lo sabían. Sabiendo la carretera por la que iban a salir, uno se había adelantado y ocupado el edificio. El otro las había

perseguido, quizá en un coche robado, cortándoles el paso precisamente allí, y sabiendo que pedirían ayuda en una casa que tenían tan providencialmente a mano.

El caso era que ahora estaban encerradas con dos hombres armados en cuyas pupilas brillaba el odio.

Y algo quizá peor.

El deseo.

Se daban cuenta de que eran dos jóvenes bonitas.

Y de que ellos lo tenían todo a su favor. La venganza podía ir unida a la diversión, en una orgía de sexo y de sangre.

Mikky, el de los puntapiés, dijo con voz viscosa:

—Os presento a Jack. La tiene muy larga.

Y Jack, con voz más viscosa todavía:

—Os presento a Mikky. La tiene muy gorda.

Las dos muchachas babeaban de horror.

Nunca habían visto unas caras así. Nunca habían visto unas miradas tan viscosas, unas miradas de gusano como aquéllas.

Sabían que de nada serviría gritar.

Estaban fuera de la ciudad y en una casa solitaria.

Sólo les quedaba la esperanza de que algún automovilista de paso viera los coches cruzados de aquella manera y entrase en la casa, pero hasta esa última esperanza se desvaneció. Porque Mikky dijo con voz ronca:

—Apunta bien, Jack, y tira contra la que se mueva. Si les destrozas las piernas no importa. Mientras tengan entero el chumino, nos las follaremos igual. Yo voy a dejar los dos coches detrás de la casa para que no llamen la atención de nadie.

Y salió mientras Jack movía el revólver en abanico, apuntándolas a las dos. El arma era un bulldog capaz de destrozarles los huesos a aquella distancia. Las dos chicas, pegadas a la pared, sólo oyeron durante unos momentos el compás angustiado de sus propias respiraciones.

Luego el rumor de los motores.

Y en seguida hasta aquello cesó. Ya estaban colocados detrás de la casa. Nadie sabría que ellas dos estaban allí. Era como si las hubiesen metido en el centro de una isla desierta.

Mikky volvió a entrar y miró divertido la escena.

—Buen trabajo, Jack.

—Las tenemos a punto, Mikky.

—Oye, ¿sabes lo que se me ocurre?

—¿Qué?

—¿Cuántas veces te han cacheado a ti?

—¡Uf! Una burrada. Cada vez que salgo de casa.

—Pues, vamos a cachearlas a ellas. Ya verás... ¡a ellas, tan honradas, tan decentes! Será divertido.

—No le veo la gracia. Es perder el tiempo.

—Lo digo sólo para empezar.

—De todos modos, sigo sin verle la gracia.

—¡Idiota! Es una cosa nueva... ¡Ya verás!

Y se oyó la voz estridente.

—¡Vosotras, perras! ¡De cara a la pared, apoyad las manos en ella y las piernas separadas! ¡Pronto!

Las chicas obedecieron. No llevaban armas, de modo que no entendían aquel estúpido juego. Pero empezaron a comprenderlo cuando las manos ansiosas se deslizaron por debajo de sus faldas.

—Nada por aquí —dijo Jack.

—Más atención, burro. Las chicas se suelen esconder cosas dentro del chumino. ¿No sabes que les cabe todo?

—Je, je... Entiendo.

Norma sintió los dedos hurgando allí.

Sintió un terrible ramalazo de asco.

Ya estaba bien. No podía más. No podía más... ¡No podía más!

También oyó gemir a Mary.

Teniéndola de espaldas, le estaban hurgando entre los pechos.

Los dos sicarios reían viscosamente.

—No están mal estos entremeses —dijo Jack—. Nada por aquí, nada por allá... Pero yo quiero algo más relajante, más «completo»... ¡Que empiecen a desnudarse las dos! ¡Hala, a desnudarse, putas! ¡Fuera ropa!

E hizo girar a Norma tan violentamente que el pie le falló. La muchacha cayó por el suelo.

Las partículas de saliva de aquel tío le saltaron a la cara cuando él gritó:

—¡He dicho que fuera ropa!

Ella intentó desesperadamente ganar tiempo. Su cerebro era un volcán. Tenía que encontrar una salida, y por lo tanto cada minuto contaba. Fingiendo una calma que no sentía preguntó:

—¿Por dónde empiezo?

—Quítate las medias.

Ella se subió la falda. Sus muslos soberbios quedaron al aire. Empezó a desabrochar el liguero con gestos exageradamente calmosos, intentando ganar tiempo.

Los ojos de Jack brillaban de deseo.

Masculló:

—¡Basta ya! ¡Déjatelas puestas, maldita zorra!

Y se lanzó hacia ella con las manos por delante.

Pero en aquel momento ocurrió algo que nadie esperaba.

Fue como una escena de una película de horror.

Con un chasquido se apagó la luz.

Y toda la casa quedó hundida en las más espantosas tinieblas.

* * *

Hay que estar en la situación en que estaba Norma para que el cerebro funcione con total rapidez. Ella quedó tan sorprendida como los otros por la súbita oscuridad, pero se dio cuenta de que tenía que evitar que aquel monstruo la abrazase. Por lo tanto giró sobre sí misma y escurrió el bulto mientras el otro se lanzaba.

Jack ya no pudo frenar.

Se dio de cabeza contra la pared.

Lanzó una maldición.

Mientras tanto su compañero Mikky tampoco encontraba a la chica. Pero más peligroso aún que su compañero, hizo un disparo al azar, provocando en la oscuridad una llamita roja.

Jack farfulló:

—¡Que me vas a dar a mí, cabrón! ¡No tires!

—Pero ¿qué leche pasa?

—¡No lo sé! ¡Sal fuera y mira! ¡Puede ser un corte general! ¡Si lo es, lo notarás porque no se verán las luces de la ciudad detrás de la curva!

Mikky salió, dejando la puerta abierta. Por ella entró un rectángulo de luz procedente de la luna.

Las dos chicas respiraron afanosamente.

Pero las dos fueron lo bastante listas para darse a la vez cuenta del peligro. Si intentaban salir, sus siluetas se recortarían bajo aquella luz, y entonces Jack no tendría más que practicar el tiro al blanco. Mejor dicho, a la blanca.

Por lo tanto necesitaban chocar con él para tratar de desarmarle en la oscuridad, antes de que el otro volviera. Y Norma, más decidida, se empezó a deslizar pegada a las paredes.

Había contenido incluso la respiración.

No quería producir el menor susurro.

Cada segundo que transcurría era un siglo.

Suponía que Mary habría tenido la misma idea que ella. No podía comunicarse, pero adivinaba que su amiga también se había puesto en movimiento. Lo malo era que Jack no se comportaba como un tonto, ni mucho menos. En lugar de identificarse y gritar, también estaba callado en un rincón, acechando el peligro.

Norma tanteó el aire con las manos.

Su enemigo tenía que estar allí... ¡allí!

Y entonces tocó una mano. Fue a apretarla con todas sus fuerzas y tirar de ella, dispuesta a pasar a la acción. Pero en una décima de segundo sintió como si su cuerpo lo hubiese recorrido una descarga eléctrica.

Porque la que acababa de tocar era una mano fría. Y era una mano larga y fina, no la mano ruda de Jack. Además ésta llevaba un anillo ovalado, un anillo distinguido con una piedra tan fría como la piel.

La muchacha quedó completamente paralizada.

No entendía nada.

Si aquella mano no era la de Mikky, no era tampoco la de Mary... Pues entonces... ¿de quién?

Notó que aquello se alejaba de ella.

No hizo ningún gesto. La mano fría se perdió en el aire.

Y entonces ella vio, a la incierta luz que llegaba de la puerta, algo que la horrorizó y la fascinó a la vez. Porque pudo distinguir el brillo de un cuchillo largo y afilado como una cimitarra.

Era igual que el que había acabado con el primer esbirro.

La muchacha apenas pudo balbucir:

—Noooo...

Y entonces oyó aquel grito que taladró la noche.

Aquel grito en el que flotaba la muerte.

CAPÍTULO X
LA SOMBRA DEL MÁS ALLA

Mikky también oyó aquel grito desde fuera, tras darse cuenta de que el apagón se había producido sólo en la casa, ya que tras la curva se distinguían parpadeantes las luces de Scottville. Una especie de nube roja taponó su cerebro mientras se estremecía de horror.

Bisbiseó:

—Pe..., pero...

Y fue hacia la puerta de la casa, dispuesto a entrar en ella y molerlo todo a tiros. El revólver brillaba en su derecha.

Pero no tuvo tiempo de nada.

O quizá no tuvo fuerzas.

Eso no lo supo nunca.

Porque lo primero que salió por aquella puerta, cuando él iba a entrar, fue la sangre. Un río de sangre.

Toda su cara quedó salpicada.

Le llegó a entrar hasta en la boca.

Mikky no entendía nada.

Sus ojos estaban desencajados.

Las rodillas le temblaban de tal forma que le era imposible tenerse en pie.

Pero las cosas no habían hecho más que empezar. De pronto se dio cuenta de que algo más salía despedido por el hueco... ¡el cuerpo de Jack!

¡Un cuerpo abierto en canal como el de un cerdo!

Jack casi se abrazó a él.

Los dos rodaron por tierra.

Y Mikky lanzó una serie de gruñidos animales mientras intentaba desembarazarse de aquel bulto mientras gateaba y se arrastraba como un gusano, mientras hasta el fondo de su sangre entraba como un veneno la sensación del horror.

Por fin pudo librarse del muerto. Con la camisa empapada en sangre, corrió como un loco hacia el «Ford Granada» que él y su amigo habían robado poco antes. Pero en aquel momento vio que tomaban ya la curva dos coches cuyos faros rasgaban las tinieblas. Por el intermitente azul en una de las carrocerías, Mikky se dio cuenta en seguida de quién era el que llegaba.

«El sheriff», pensó.

Y corrió como un alucinado hacia la oscuridad, mientras aún notaba el sabor a sangre en la boca.

Y se perdió en las sombras de la noche.

* * *

Norma notaba un ronquido siniestro.

No se dio cuenta hasta transcurrido un largo tiempo de que aquel sonido irreconocible era el de su propia respiración.

Y hubo de hacer un violento esfuerzo para preguntar en medio de un estertor:

—Mary..., ¿estás ahí?

Su amiga no podía hablar. Le contestó una especie de gruñido.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. No me ha ocurrido nada...

—Por Dios, vamos ha..., hacia la puerta...

Trataron de salir, pero no pudieron. El cadáver retorcido de Jack les cortaba el paso.

Todo él estaba bañado en sangre. Tenía parte de las vísceras fuera del cuerpo, esparcidas en el umbral.

Era una visión del infierno.

Norma estuvo a punto de chillar, perdido por completo el control de sus nervios, pero reaccionó al ver la luz titilante del coche del sheriff. Dos sombras que también parecían titilar en la oscuridad se acercaban a ella.

El agente de la ley farfulló:

—Pero, ¿qué haces aquí?

—¿Y usted, sheriff?

—Yo no tengo que dar explicaciones a nadie, pero además la cosa está bien clara: he oído un disparo desde la ciudad y he venido en seguida. ¿Qué ocurre? ¿Dónde está el coche que llevaban.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

La muchacha se sentía incapaz de contestar. Le señaló con un gesto el cadáver retorcido a sus pies, y en el que, al parecer, el sheriff no se había fijado todavía.

El hombre de la estrella barbotó:

—Pero, ¿qué es esto?

—El cadáver de uno de esos hombres que usted dijo que no existían — susurró Norma, sin poder evitar el sarcasmo.

—Por todos los infiernos...

—No lo he hecho yo,, sheriff.

—Pues, ¿quién?

—Esos hijos de la gran puta nos han seguido y nos han cortado el camino. Era una trampa para que nosotras mismas nos metiésemos aquí. Luego han intentado violarnos a Mary y a mí. Ellos eran dos.

—¿Armados?

—Sí.

—Pero no habrán conseguido que...

—No, no lo han conseguido. Pero no ha sido porque usted haya llegado a tiempo.

—Por favor, yo no sabía...

—Perdone, sheriff. Lo comprendo. No le estaba acusando.

El ayudante también miraba el cadáver con una mezcla de aprensión y horror. Hizo una mueca mientras preguntaba:

—¿Quién?

—El mismo que mató al otro.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el cuchillo. Era igual. Y su modo de administrar la muerte como un matarife también ha sido la misma.

El sheriff balbució:

—Bueno, ¿y dónde está?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Por qué me lo pregunta?

El agente de la ley hizo un gesto como si fuera a volverse loco, y fue a la parte trasera de la casa. Un momento después volvió mientras movía la cabeza dubitativamente.

—Les ha escoñado el coche —dijo.

—¿Qué?

—Ahí detrás hay un «Ford Granada» robado, y también el «Volkswagen». Se ve que uno de esos cabrones los trasladó a la parte posterior de la casa para que nadie los captase desde la carretera, pero con la oscuridad ha metido el «Volkswagen» en un hoyo y se ha cargado un palier. Tiene que pasar por toda una señora reparación de mecánico. Necesitará tiempo.

Mary, que había salido a la puerta, balbució:

—¿Y qué hacemos ahora?

Su tío Vance tenía un magnífico «Cadillac» —expuso el sheriff, como sí acabase de alumbrarle una idea—. Se lo llevan y siguen con él hasta donde les parezca. Luego ya encontraremos el modo de recuperarlo, no se preocupen.

—Es una buena idea —dijo Mary—. Pero vamos a llenar el tanque de gasolina para no parar hasta Chicago. ¡Eso se lo juro!

—Claro que sí. El municipio pagará la gasolina, no se preocupen. Y ahora suban en mi portaaviones y vámonos. Ya enviaré luego una ambulancia para que retiren esa carroña que está ensuciando la puerta.

Las dos se dejaron caer en el asiento posterior del coche patrullero. Lo único que las convencía de que seguían vivas era el cansancio terrible que las dominaba. No se sentían capaces de mover un dedo.

Cinco minutos después estaban delante de la casa de tío Vance, que Norma conocía demasiado bien. El sheriff invitó:

—Entren y beban algo. Mientras tanto yo veré si el «Cadillac» está en condiciones de viajar. Ustedes tranquilas, ¿saben? Ya ha pasado el peligro, no va a haber más problemas.

—Pero queda uno vivo... —dijo Mary con un estremecimiento.

—Olvídense de él. Organizaré la caza del hombre y tiraré a matar —dijo el sheriff mascando las palabras.

Su ayudante musitó:

—Usted sabe que no puede, jefe.

—¿Por qué leches no puedo?

—Porque ese pájaro se rendirá en cuanto vea que le encañonan. El juez Duncan ya está en camino para hacerse cargo de él, y ese perro sabe muy bien que el juez.

Duncan lo hará encerrar en un reformatorio de donde él se escapará al día siguiente. En esas condiciones no le interesa hacer resistencia. Se comportará como un perrillo y usted no podrá disparar.

El sheriff meneó la cabeza como un caballo que tasca el freno.

—Cabrón de juez —dijo.

—Sólo podría disparar en caso de resistencia armada —insistió su ayudante—, y ese marica de Mikky no resistirá.

—No, Mikky, además, es un cobarde —susurró el agente de la ley.

Norma le miró asombrada.

—Oiga usted, estrella-al-pecho —dijo.

—¿Qué?

—Hace poco todos hablaban como si esos hombres no existiesen. Y ahora resulta que saben hasta su nombre.

El sheriff hizo una mueca.

—Me he acordado ahora —se disculpó.

Pero Norma no se dio por vencida.

—Oiga usted, estrella-en-las-pelotas —masculló.

—¿Qué?

—¿Por qué ha mentido?

—No la entiendo, señorita Vance.

—O ha mentido antes o miente ahora. Y necesito saber qué es lo que ocurre, porque ya ha corrido bastante sangre en esta cochina ciudad. ¡No puedo más! ¡Estoy harta!

El sheriff hizo un gesto de hastío.

—Redactaré un informe y se lo dejaré leer —prometió—. No es mi obligación, pero se lo dejaré leer. Vaya que sí... Y ahora voy a ver cómo está lo del «Cadillac», ¿entiende? Es muy importante.

Y se largó.

Fue una verdadera huida.

La muchacha barbotó:

—Váyase al infierno.

Las dos muchachas entraron en la casa. La señora Johnson ya las esperaba con dos tazas de té bien cargadas de licor. Ni que supiese que iban a llegar.

Norma susurró:

—Por favor... Necesitamos estar tranquilas y relajadas un momento... Un sitio donde podamos cerrar los ojos.

—El salón es lo más tranquilo —suspiró el ama de llaves—. Allí hay un magnífico diván como todo el mundo sabe. Pueden descansar el rato que quieran.

—De acuerdo —dijo Norma.

Se encerraron allí.

Era un ambiente de otro tiempo.

Había allí muebles nobles y macizos, cuadros pintados al óleo, cortinas de damasco y alfombras orientales. El tío Vance siempre había sido un hombre de dinero y además sabía gastarlo. Mary se dejó caer en un diván y musitó como si hablara consigo misma:

—No puedo más...

—Tranquila. Pronto saldremos de aquí. Estoy decidida a que lleguemos de un tirón hasta Chicago, te lo juro.

—Mientras tanto me gustaría echar algo más de licor al té —dijo Mary—. ¿No es un mueble-bar eso de ahí?

Señalaba una auténtica pieza de laca china, que tenía dos puertas. Sobre ella había uno de los cuadros al óleo que adornaban el salón. Representaba a un hombre de mediana edad, alto y delgado, de apariencia noble, pero en cuyo rostro se reflejaba esa dureza y esa obstinación que son propias de todas las clases campesinas del mundo, en especial las del centro de Estados Unidos. Porque allí hay cada día mucho que ganar si uno es duro; mucho que perder si uno es blando.

Norma abrió las puertas del mueble. En efecto, era un mueble-bar, y ella recordaba incluso la distribución de las botellas: a la derecha las de bourbon, en el centro los aperitivos y a la izquierda los coñacs y armagnacs franceses a que tío Vance era tan aficionado. Nada había cambiado allí. Norma preguntó:

—¿Bourbon?

—Bien. Oye, ¿de quién es ese retrato de encima del mueble? Parece el menos antiguo de todos los de aquí.

—Tío Vance —dijo—. Me parece que se lo pintaron hace relativamente poco.

Mary alzó burlonamente su taza de té.

—Vaya... Encantada de conocerle al fin, tío Vance —dijo—. A su salud y para desearle unas buenas vacaciones en el paraíso.

Fue a beber.

Y en aquel momento detuvo su gesto.

Mary palideció. No entendía el porqué de las facciones terriblemente blancas de Norma, el porqué de la caída de la taza, el porqué del temblor de sus dedos...

—¿Qué te pasa? —farfulló.

Norma había dicho solamente:

—Noooo...

Y estuvo a punto de caer a tierra como la taza de té que se había estrellado contra el parquet. Como una alucinada miraba el retrato que tenía encima de su cabeza. Mejor dicho, sólo una parte de él.

La mano derecha.

Aquella mano derecha de tío Vance, en la cual aparecía pintado un gran anillo con una piedra de forma oval.

La misma que ella había tocado cuando rozó una mano en la oscuridad de la casa. Aquella mano armada con un cuchillo que... ¡sembraba la muerte!

CAPÍTULO XI
HISTORIA DE LA SANGRE NUMERO TRES

Se había vuelto como una alucinada hacia Mary. Esta repitió:

—Pero ¿qué te pasa, Norma?

—Dios santo, es él... ¡Estoy segura!

—¿Quién?

—¡Tío Vance! ¡Es él quien ha matado dos veces en la ciudad! ¡Yo he tocado antes ese anillo! ¡Tío Vance vive!

Mary se había puesto en pie, aunque daba la sensación de que las piernas no iban a sostenerla. Farfulló:

—¿Te das cuenta de lo que dices?

—Por desgracia sí que me doy cuenta, Mary.

—No puede haber mentido toda la ciudad.

—No...

—El alcalde, el sheriff... ¡Todos!

—No —dijo Norma como un eco.

—Pues entonces, ¿qué piensas? ¿Te has vuelto loca?

Norma no pudo contestar. La cabeza le daba vueltas. Cuando al fin empezó a rehacerse en parte, fue a decir algo.

Pero no pudo.

En aquel momento se oyó un gemido más allá de la puerta.

Las dos amigas se miraron. Hubiesen jurado que aquel gemido lo acababa de lanzar la señora Johnson. Norma se dirigió hacia allí y abrió la puerta secamente.

Sus ojos se desencajaron otra vez, porque la vieja sirvienta estaba caída en tierra, de bruces, con un puñal clavado en la espalda. La sangre se extendía por el parquet como una mancha viscosa y caliente.

Norma se llevó las manos a las mejillas. Las fuerzas la abandonaban. Los ojos se le salían de las órbitas. Durante unos segundos, que se hicieron interminables, fue incapaz de hablar o de pensar.

Pero en seguida sus músculos se pusieron tensos. Acababa de ver aparecer una mano ensangrentada por un lado de la puerta.

Y detrás una cara que conocía bien.

El tercero de los jóvenes que las insultaron estaba a menos de dos pasos de ella. Sus labios se habían curvado en una mueca sardónica.

* * *

Los músculos de la muchacha se dispararon entonces. Su rapidez de reflejos fue total. Intentó cerrar de un golpe la puerta del salón, que era de sólida madera, para resistir tras ella.

Pero Mikky tuvo reflejos más rápidos aún. Puso el pie e impidió que la

muchacha cerrara. Pudo además pasar un brazo por el hueco y propinar a la muchacha un golpe en plena cara, haciéndola retroceder.

Mary también retrocedió. Siempre había pensado que al menos en aquella casa estarían seguras, y por eso la aparición de Mikky la dejó tan aturdida que fue incapaz de reaccionar. Ni siquiera pensó en que podía haber saltado por una de las ventanas.

Claro que eso tampoco lo hubiera hecho, para no dejar sola a su amiga. La consecuencia fue que las dos se encontraron de pronto en el centro de la habitación, paralizadas por el miedo y la impotencia, mientras Mikky entraba y cerraba la puerta con llave.

Una risita sardónica brotaba de sus labios. Guardó la llave en uno de sus bolsillos mientras sacaba de otro una «Baretta» del siete corto.

—Desgraciadamente ya no tengo tiempo de hacer nada con vuestros asquerosos culos, hijas de perra —barbotó—, pero al menos voy a vengar a mis dos amigos. Dentro de poco van a encontrar aquí vuestras carroñas cosidas a balazos.

Y apuntó primero a Norma. La había elegido a ella quizá por ser la más bonita. Norma se dio cuenta de que la muerte estaba allí, de que faltaban sólo unos segundos para el disparo, pero ni siquiera pestañeó. La certeza de que todo estaba perdido le daba un valor casi inhumano, una serenidad que nunca tuvo.

—No podrás huir de aquí, hijo de la gran marrana —dijo con voz desafiante—. El sheriff está en el garaje de la casa.

—Lo sé.

—Apenas oiga un disparo, vendrá hacia aquí.

—Claro... Eso lo doy por supuesto. No soy tan idiota.

La sonrisa sardónica seguía flotando en los labios de Mikky. Se sentía seguro de sí mismo. Mientras inflaba el pecho repitió:

—No soy tan idiota...

—El sheriff disparará contra ti —siguió diciendo Norma—. A nosotras nos van a sacar cosidas a balazos, pero tú nos acompañarás.

—En eso te equivocas, puta.

—¿Me equivoco?

Norma intentaba desesperadamente ganar tiempo, ganar aunque fuera unos segundos tan sólo, pero se daba cuenta de que todo había llegado a su fin. El índice de aquel guarro temblaba en el gatillo. Bastaría un leve estremecimiento, una crispación, y la cabeza de la muchacha se abriría en dos.

—El sheriff no disparará contra mí —dijo Mikky con la mayor tranquilidad—. Conozco mis derechos. Tiraré la pistola al suelo, saldré con las manos en alto y le esperaré en la puerta para que me detenga. En esas condiciones, no puede disparar. A ese hijo de la gran chingada lo condenarían por homicidio.

¿Y a ti qué piensas que te van a hacer, basura, por un triple asesinato? ¿Invitarte a cenar con el presidente de Estados Unidos?

—Me condenarán, claro.

—A muerte —dijo Mary, que por fin había recuperado la voz.

—No, estúpida, a muerte no... Soy menor de dieciocho años. A esa edad no se ejecuta a nadie. El juez Duncan se hará cargo de mí y me regenerará. Después de muertas vosotras no me enviará a un reformatorio donde podría escaparme al día siguiente, sino a una cárcel especial. ¿Y qué es eso? Dos años a la sombra y luego salidas para trabajar fuera, ya que todo el mundo se dará cuenta de que pongo cara de buen chico. Por supuesto, al segundo día que me suelten ya no volveré... Todo eso es lo que me va a costar la vida de unas putas como vosotras...

—Menos me va a costar a mí —dijo entonces una voz.

Mikky se volvió.

Sus ojos se desencajaron de pronto.

La boca se le abrió con asombro, con una mueca de horror, al tiempo que agitaba la «Baretta».

La figura alta, negra, de tío Vance estaba en el centro de la habitación.

No le faltaba ni el detalle del anillo con la piedra oval.

Ahora se dieron cuenta las dos muchachas de que desde el principio había tenido que estar oculto tras las cortinas, pero sus pensamientos se paralizaron ahí. Fueron incapaces de urdir una sola idea más. Presas del terror y al mismo tiempo de la fascinación, sus cerebros se habían paralizado.

Vance llevaba entre sus manos una escopeta para caza mayor, cargada con postas que eran auténtica metralla. Había dado ya a Mikky una oportunidad, pero Mikky no la aprovechaba. Estaba paralizado por el horror. Tenía todos Tos motivos para creer que Vance estaba muerto. De pronto aquella figura surgida del fondo de los infiernos le helaba la sangre en las venas!

—Has podido regenerarte cien veces —le dijo Vance—. Lo siento por ti.

Y disparó una vez.

En el pecho de Mikky se abrió un orificio por el que hubiera podido pasar el puño de un hombre.

Vance alzó automáticamente la escopeta otra vez.

Pero ya no disparó. Lo que tenía a sus pies era un muerto hecho un ovillo, doblado sobre sí mismo. Volvió a bajar el arma mientras alguien, desde fuera, abría de dos disparos la puerta.

Y entonces sí que Norma sintió angustia por tío Vance. Se dio cuenta de que estaba perdido. El hombre que les había salvado la vida tres veces pagaría aquello con la horca, a! viejo estilo de Iowa. No estaba de acuerdo con él, pero si seguían vivas era gracias a su ayuda. Sintiendo que la angustia la sobrecogía, balbució:

—Sheriff, yo le ruego que...

—Ruégueme que felicite a Vance —dijo entonces Clay, el alcaide, entrando repentinamente—. Lo ha hecho muy bien.

Norma se había llevado las manos a la boca.

—¿Dice que lo ha hecho bien? —balbució.

No entendía nada. Su cerebro se había paralizado otra vez. Como en una alucinación, vio el cadáver de Mikky, la figura casi espectral de tío Vance y las primeras autoridades de la ciudad... ¡que no le detenían, sino que al parecer estaban dispuestas a felicitarlo!

Clay se dio cuenta de su turbación. Con voz perfectamente tranquila, como si contase algo que a él no le emocionaba en absoluto, dijo:

—Mañana, cuando el juez Duncan llegue, encontrará huellas dactilares de Vance, rastros de Vance, postas disparadas por la escopeta de Vance... Pero se tendrá que ir con el rabo entre piernas. Vance está legalmente muerto y Duncan sabe muy bien que ningún fiscal dictará orden de detención contra él, sobre todo teniendo en cuenta que habrá desaparecido y se encontrará sin que nadie lo sepa en el otro extremo del país. Las pruebas las atribuirán a error, se dictará una orden de busca contra «personas desconocidas» y al final el asunto se archivará. Habremos conseguido el resultado que toda la ciudad quería.

—¿Toda la ciudad? —susurró Mary, quien se había dejado caer sin fuerzas en una de las butacas.

—Absolutamente toda. Cuando Judith, la muchacha a la que encontrasteis embalsamada, fue violada y muerta por esos tres hijos de la gran marrana, la gente de aquí aún creía en la ley. Aún creía en la justicia y pensaba que los que habían hecho esa monstruosidad la pagarían. Pero el juez Duncan los soltó, limitándose a encerrarlos en una institución especial, de la que escaparon. Y entonces aparecieron de nuevo por aquí, a burlarse de la ciudad y a amenazar con repetir su hazaña. Tío Vance tenía un gran cariño a la muchacha muerta...

El alcalde había dejado de hablar. Las dos muchachas no oían más que el silbido casi angustioso de sus propias respiraciones.

Fue entonces tío Vance quien continuó.

—Tanto cariño le tenía que pagué su embalsamamiento para tenerla en mi casa mientras fuera posible. Pero mientras tanto maquiné mi idea, una idea que no me dejaba dormir. Si la ley protegía a esos bichos que no merecían vivir, ¿cómo podría matarles yo también legalmente? Hubo una asamblea y toda la población estuvo de acuerdo. Si la ley no nos servía, nosotros nos haríamos nuestra ley. Por lo tanto se organizó lo de mi muerte, se firmó un certificado de defunción, un certificado de incineración, se repartieron por las calles de Scottville cenizas que pertenecían en realidad a animales muertos... Y entonces, de pronto, llegáis vosotras. Todo se podía hundir, porque vosotras quizá no estaríais de acuerdo con lo que había decidido toda la ciudad. Además visteis el cadáver de Judith, que hubo que ocultar precipitadamente...

Y empezó lo que ha podido pareceros una letanía de horrores. Lo siento por vosotras, de verdad. Hubiese querido avisaros, pero las circunstancias lo han impedido.

Norma había apretado los labios.

Contenía las lágrimas.

Con un hilo de voz, susurró:

—Gracias.

Y notó entonces que el brazo de tío Vance le pasaba por la espalda en una muda caricia.

—Me iré con vosotras —dijo—. Cuando mañana el juez Duncan llegue, he de estar bien lejos de aquí.

Y salió con las dos muchachas, en busca del coche, mientras Clay decía con una sonrisa:

—La gasolina la paga el ayuntamiento...

FIN